

Históricas Digital

“Sexta parte”

p. 375-466

Nicolás Pizarro

Obras II. El monedero

Carlos Illades y Adriana Sandoval
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3

ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SEXTA PARTE





1. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)

La siguiente fue recibida por el maquinista en persona de manos de un viajero que venía de Sayula, y que fue a buscarlo repetidas veces al almacén hasta que logró encontrarle. No tenía número ni fecha; decía así:

Señor don Fernando Henkel

Hermano mío, predilecto:

Adjuntas a esta carta recibirás unas preces¹ que dirijo a Su Santidad, y te suplico que valiéndote de personas influyentes hagas que se recomienden a nuestro encargado de negocios en Roma, para su pronto y favorable despacho, expensando liberalmente y con anticipación los gastos que pueden originar.

Necesito explicarte su contenido, depositando en tu amistad algunos íntimos y aun secretos pormenores, que solamente a ti puedo comunicarlos, contando con la exquisita eficacia de la persona que te ha de entregar esta carta, la cual por precaución dejaré sin firma y sin fecha.

Por mucho tiempo, y aun pasados los primeros veinte años de mi vida, experimenté tal adormecimiento de mis sentidos, una ausencia tan completa de deseos inquietante, que juzgándola como un signo de mi vocación, abracé el estado eclesiástico, y llegué a los altares del señor, después de mis cortos estudios, con mi alma tranquila, con mi cuerpo puro.

Los primeros ecos mal sonantes que tocaron mis oídos y aun llegaron a mi corazón como una extraña novedad, los causaron las fervorosas revelaciones que algunas jóvenes inocentes fueron a hacerme acerca del estado de su naturaleza. Sorprendido de sus narraciones animadas, lo que más profunda sensación me causaba al principio era la viva satisfacción que manifestaban al hacer sus minuciosos recuerdos, y la pertinacia con que volvían a caer en sus mismas debilidades. No pasó mucho tiempo sin que el hálito contagioso

¹ Oraciones, ruegos.

de semejantes relaciones me causase el efecto que yo no había temido, y que no conocí hasta que con espanto pude advertir la exquisita complacencia que me producía el estar oyéndolas. Lleno de inquietud y de rubor consulté a eclesiásticos de experiencia lo que debía juzgar acerca de lo que me pasaba, y sin haber obtenido respuesta alguna satisfactoria ni consejo bueno, me retiré con el disgusto de haber vislumbrado que mis preguntas cándidas habían hecho asomar alguna sonrisa, y me quedé en la duda de si era por compasión o por burla. Guardé mi pena y resolví evitar ^{en} lo posible confesar personas de diferente sexo, y pensando que fuera de México encontraría costumbres más inocentes y sencillas, que me pondrían a cubierto de todo riesgo, pues entonces todavía lo juzgaba remoto, pedí y obtuve sucesivamente las vicarías de Tacubaya y de Tepepam, sin dejar de reconocer en ambas que la naturaleza humana es idéntica en todas las razas, en cada uno de sus individuos, en todas las posiciones sociales.

El mal continuaba haciendo estragos tantos más terribles, cuanto que no era ya solamente su simple conocimiento, sino era además una profunda conmoción en todo mi ser, penosas aunque involuntarias fantasías que me perseguían sin darme tregua, que marchitaban mi existencia y me robaban mi natural alegría. Para contrariar esta tendencia huía de la sociedad, me mortificaba de mil maneras, sin llegar a obtener resultado alguno favorable, sino cuando lo rudo de los trabajos físicos que me imponía, o que a veces mi ministerio exigía, rendían mi cuerpo. Pero este respiro era de poca duración, porque el mal renacía con la luz del día, y no pocas veces venía a arrebatarme la tranquilidad de la noche.

Tal era el estado en que me encontraba cuando llevado del deseo de divertir mis dolores, disminuyendo en parte los ajenos, te conocí en San Miguel Xicalco.

¡Juzga cuál sería el prejuicio que me causarás, cuando me hacías tan apasionadas relaciones acerca de tu amor a Rosita! Yo en cambio tuve desde luego la mayor compasión por tu desgracia, figurándome que por haber dado rienda suelta al deseo y concentrado todas tus afecciones en un objeto, debías sufrir infinitamente más que el pobre sacerdote que no luchaba sino contra su propia imaginación, por habersele convertido en su más implacable enemigo, y a la cual pensaba que llegaría a dominar en el transcurso de pocos años, luego que se agostase la flor de mi primera juventud. ¡Cuánto me equivocaba!

Vinimos a fundar la Nueva Filadelfia, y al principio alcancé algún alivio; no oía yo confesiones, tú me hablabas menos de Rosita, y el trabajo corporal era bastante fuerte para rendir al cuerpo. Comenzaron a llegar familias a la



asociación, las reunía por la noche y vigilaba sus juegos inocentes; sorprendía a veces miradas ardorosas entre jóvenes de diferente sexo, observaba la predilección y el disimulo con que se buscaban, la tristeza de que daban repetidas muestras cuando no estaban cercanos, el gusto cuando se reunían; volví a recibir las confidencias de las madres o de las mismas jóvenes, que impregnadas de una atmósfera de irresistible seducción, me arrojaron de nuevo al abismo de mis tormentos. Buscaba mi lecho solitario lo más tarde posible, para llenarlo como David con mis lágrimas, recordando la historia de Betzabé, como una peligrosísima incitación, y me levantaba primero que nadie, procurando dar una tranquila expresión a mi rostro descolorido, a mis ojos enrojecidos, y moderar la violencia que empezaba a introducirse en mi carácter.

Todos mis esfuerzos han sido inútiles: el invierno me atormenta lo mismo que el verano, el sueño me tortura como la vigilia, sufro lo mismo a la luz del día que en la tinieblas de la noche; pero sobre todo, cuando viene a herirme directamente la tranquila existencia del padre de familia, que rodeado de sus hijitos y de su compañera se retira de la Rotunda a descansar de los trabajos del día, y cuando siento el abrazo inocentemente apasionado que suelen darme las jóvenes al despedirse, y que yo no puedo rehusar sin alarmarlas, corre por todo mi cuerpo un sudor congojoso, anunciándome que va a comenzar lo más rudo de mis sufrimientos. ¡Ah, Fernando! Si supieras que esa vaga o indefinible sensación que siempre produce la vista de los campos y el ruido misterioso de la selva, se ha vuelto para mi ocasión de fervientes deseos, porque viene a recordarme que estoy solo, me volverías la gran compasión que te tuve, porque ahora envidia la suerte de todos los padres de familia. ¡Ah! ¡De qué manera tan terrible me ha mostrado el Señor que al decir en el paraíso: “*Conviene que el hombre no esté solo*”,² habla con los hombres de todos los tiempos y condiciones!

Me ocurre a veces la idea de huir de la asociación, pero esto no me es posible estando tú ausente; ¿y a dónde podría ir si dentro de mí mismo llevaré el origen de mi sufrimiento?

Mi cruel situación se ha hecho muy pronto insoportable, porque mis deseos que no eran definidos, hallaron un objeto en quién fijarse creado en un sueño, por mi implacable imaginación. ¡Oh! si pudiera describirte cuántas son las perfecciones de esta imagen, de este ser que como si fuera mi sombra me sigue a todas partes, comprenderías por qué tu desgraciado

² “Génesis”, capítulo II, verso 18. “*Dixit quoque Dominus Deus. Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adjutorium simile sebi*”. [Nota del autor.]

amigo se encuentra al presente pálido, enflaquecido, sin poder dormir sino poquísimas horas de la noche, casi siempre de pésimo humor, y con otros sufrimientos físicos como jaquecas, dolores de estómago, etcétera, etcétera.

Un estado tan alarmante no se ha escapado a la solícita ternura de mi madre, quien hablando días pasados con su nuevo hijo Ulseman, le manifestó toda la pena que le causaba el verme sufrir. Esta conversación, que me ha referido Ulseman, fue pocos días después de que tuvimos aquí varios casamientos, a la vez que se verificó el de Laura, desde cuyo tiempo mi sombra, mi ídolo, y mi tormento se ha hecho verdaderamente implacable. Mi nuevo hermano no fue muy reservado con mi madre, al juzgar de mi enfermedad, pues la dijo que yo no tenía más que un remedio, el casarme. Al principio mi piadosa madre se alarmó mucho más del remedio que de la enfermedad; pero, habiéndole explicado Ulseman que el Santo Padre solía conceder permiso para que los sacerdotes se casen le instó mucho para que me lo insinuase. Yo había pensado ya en este mismo medio, porque en la horrible situación a que he llegado mi mayor temor, y puedo asegurarte, casi el único, es el ser vencido en alguna ocasión en tan rudo combate y dar un escándalo en esta asociación, cuyas virtudes severas forman el fondo de conducta de todas las familias. ¿Qué sería de mí si después de haber inculcado la más estricta moralidad, que hasta ahora no se ha quebrantado con un solo caso grave, viniese a desmentirla con los hechos? ¿De qué modo podría restablecer la sencillez, y al mismo tiempo el respeto con que ahora me tratan todas las jóvenes, si llegasen a ver cambiado su pastor en lobo? He pedido continuamente al Todopoderoso la muerte antes que pasar por la vergüenza de la relajación de uno de mis votos, pero no me ha concedido tal favor, y ocurro por esto al único camino que me queda para salir sin mancha de mi desventurada situación, en que no recuerdo tener otra culpa que la de ser hombre.

Entre los documentos que se acompañan a las preces, encontrarás los certificados de varios facultativos de Guadalajara, que dan a mi petición un pleno fundamento.

¡Mi querido Fernando! Con cuánto dolor he reconocido en medio de tormentos verdaderamente infernales aquella sublime sentencia de San Pablo: *“es mejor casarse que quemarse”*.³

Y luego el mundo califica tan ligera, tan impíamente la conducta de algunos sacerdotes. ¡Si supieran cuánto sufrimos...!

³ “Carta primera de San Pablo a los corintios”, capítulo 7, verso 9. *“Quod si non se continent nubant. Melius est enim nubere quam uri.”* [Nota del autor.]



Adiós amigo mío, el más amado de mi corazón; guarda en lo más recóndito las dolorosas confianzas de tu amigo, que espera verte feliz, al lado de tu Rosa, sin que compres tu dicha a precio tan caro como yo deseara adquirirla...

Inmediatamente que Fernando leyó esta carta se apresuró a cumplir el encargo de su amigo, remitiendo a Roma las preces y haciendo entender, por medio de otras personas a nuestro encargado de negocios en aquella corte, que además de la fuerte suma que se ponía a su disposición, se pagaría cualquier otro gasto a fin de que se despachase la petición pronta y favorablemente, lo que varios sujetos versados en estos asuntos le aseguraron que se verificaría infaliblemente con la cantidad remitida.



2. EL PUEBLO DE ALMOLOYAM⁴

Hemos llegado a mediados de abril de 1848. Una alegre cabalgata atraviesa la pequeña distancia que media entre el pueblo de Santiago Tianguistengo, de donde ha salido, y el de Almoloyam, a donde se dirige. A la derecha del camino se divisa un lago naciendo a raudales en derredor de un pequeño cerro, en que se halla situado el último de dichos pueblos; a la izquierda y al frente terminan el horizonte altas montañas teñidas de azul y coronadas de nubecillas blancas que caminan al occidente, suavemente impulsadas por la brisa de la mañana.

En el pequeño valle formado por la falda de estas montañas, se mira a los labradores seguir a los pesados bueyes que trazan hondos surcos para allegarle tierra al maíz, que fecundado por la primavera ostenta sus hojitas en figura de gallardetes formando líneas paralelas color de esmeralda, que van a confundirse con la vegetación de los montes.

Los de la comitiva manifiestan la mayor alegría y cruzan rápidamente por el frente de las cabañas, causando primero inquietud y después admiración en el ánimo de los pastores que salen a contemplar a dos lindas jóvenes que pasan a galope, seguidas de muchas gentes. La una va en un caballo retinto que ufano de la carga que lleva levanta con arrogancia la cabeza, sacude su ensortijada crin, pasea sus grandes ojos por el campo, y relincha de alegría, sin abandonarse a los retozos que acostumbra cuando lleva a su amo, porque al parecer conoce los miramientos que debe guardar a la delicada persona que conduce; junto de esta primera joven va otra en un caballo alazán tostado, de la misma alzada y fuerza que el primero, pero más reposado, aprieta la carrera cuando el retinto avanza, y si éste se detiene lo pasa adelante. En pos de estas jóvenes, que llevan trajes de montar muy elegantes, siguen varios jinetes entre los que sobresale la efigie adusta de un americano que va galopando pesadamente en un frisón; cierran la marcha, varios coches

⁴ Significa un lugar en que brota el agua a borbollones. [Nota del autor.]



en que van algunas señoras. El objeto de aquel paseo es presenciar el matrimonio de doña Clara Nájera con don Fausto Roldán, que va a verificarse en la vicaría del pueblecillo de Almoloyam, donde repartirán después los padrinos doña Rosa Dávila y don Fernando Henkel unos lotes de tierras entre las familias indígenas más necesitadas y meritorias. Esta última noticia se ha difundido por todos los pueblos vecinos, y ha hecho que concurra mucha gente pobre que llena el camino, deseosa de presenciar tan inaudito espectáculo. Luego que desde la torre del pueblo divisan la caravana, repican las campanas y llaman a la misa; el vicario que llega con la cabalgata provisto de la licencia correspondiente para verificar el matrimonio se apresura a preparar lo necesario, pues tiene que desempeñar otros actos de su ministerio a grandes distancias, y desea estar de vuelta antes de que termine la fiesta.

La comitiva llega a una calzada ascendente en que está el pueblo, y pasa al son de una música de viento bajo los arcos de tule que los hijos de éste han dispuesto para obsequiar a su benefactor don Fernando Henkel; se apean los que van a caballo en la casa cural adyacente a la iglesia, y esperan la llegada de los coches en que vienen los padres de Clara y otros convidados, para dar principio a la ceremonia.

Aquel momento de espera es verdaderamente terrible para la novia, porque la precisa a considerar la gravedad de las circunstancias en que se encuentra. Mientras sólo ha tenido presentes las humillaciones continuadas y el dolor sin tregua que ha experimentado en la orfandad de su compañera Rosita, el enlace con Roldán se le ha presentado como un puerto de salvación; ahora que parece alejada de tan mísera suerte, y que ha abierto su pecho a la grata sensación de verse amada en presencia de un sol que todo lo reanima, impulsada de su propia juventud, cuando las flores comienzan a mostrar sus pétalos, y los pájaros han dado a sus trinos y a sus escalas esa fuerza tan apasionada, ¿será posible que una novia deje de amar? No lo sabemos; y lo único que podemos asegurar es que cuando llevadas Rosita y Clara por los corceles que las conducían, llegaron al término de su viaje, la novia con signos de verdadera inquietud, y aun podemos decir de espanto, apeándose en el lugar ya dicho y entrando a mudarse vestidos, preguntó a su compañera: ¡qué! ¿Ya?

Por fortuna el tiempo corre y resuelve por sí mismo muchísimas cuestiones, que nunca quedarían bien decididas siuviésemos que esperar a que calmasen nuestras vacilaciones, a que se disipasen nuestras dudas. Los padres de Clara y los otros convidados llegaron en los

coches, y como ya nada había que esperar, el padrino dio el brazo a la novia, Roldán ofreció el suyo a la madrina, y fueron al templo a oír de la boca del sacerdote las severas admoniciones con que la iglesia advierte a los esposos sus deberes, y a impetrar⁵ las bendiciones del Altísimo sobre aquel matrimonio, en que los esposos acababan de prometerse fidelidad y mutuo auxilio para toda la vida.

Concluida la augusta ceremonia, los padrinos pasaron a convidar al vicario para que los acompañase en todo el día, lo que éste no pudo prometer en razón de que tenía que caminar algunas leguas a fin de recibir unas confesiones, y ofreció volver por la tarde.

Este duro trabajo de los vicarios, de los curas pobres, que podemos decir que es continuo, prueba que en la jerarquía eclesiástica, como en todas las carreras de la sociedad, los que más trabajan son los que menos gozan.

Todos los concurrentes bajaron al delicioso lago que nace de la colina en que esta el pueblo de Almoloyam, y forma inmediatamente el caudaloso río de Lerma, que según los estados que va atravesando toma diversos nombres. Algunas canoas y chulapones enflorados de los que salían gratas melodías de flauta y bandolones, esperaban a los paseantes. Cada uno de éstos, según su inclinación, se colocó en el gran convoy de las embarcaciones, que iban atadas unas a otras para mayor seguridad de los viajeros, o en chalupas aisladas con ánimo de hacer excursiones lejanas, dedicarse a la pesca, o probar sus fuerzas bogando con la posible ligereza. Fernando y el americano fueron de estos últimos. Roldán, por consejo del primero, fue a colocarse en la canoa principal en que iban su esposa y los padres de ésta con Rosita.

Al principio el americano, que no era otro sino Walker, no pudo absolutamente conservar por sí solo el equilibrio en la chalupa, se cubría de agua al remar y caminaba a la ventura sin poder darle dirección fija, lo que hacía reír a los demás, hasta que se hizo acompañar de un remero que le enseñó las maniobras que debía ejecutar y que aprendió inmediatamente. Fernando se encontró desde luego como en su elemento; y en medio de las confusas ideas que brotaban en su cerebro, tuvo por momento la creencia de que aquel lago le era muy conocido; pero esta creencia fue tan vaga que al recordar que ya había navegado del mismo modo en varios paseos de los lagos de la capital, la desechó sin grande examen, tomándola por mera fascinación.

⁵ Conseguir una gracia que se ha solicitado y pedido con ruegos.



Sin necesidad de muchas explicaciones nuestros lectores conocerán que el plan del maquinista iba realizándose. Su deseo era acercarse a Rosita sin ningún prestigio ficticio y observar por sí mismo el grado de aprecio que buenamente aquélla le manifestara. Muy oportunamente había venido el casamiento de Clara para hacer primera prueba, porque después de que Roldán convidó a Rosita para madrina, observando ambos que no conocían persona que convenientemente pudiese servir de padrino, dijo el novio, cumpliendo al pie de la letra con la lección que le había dado el maquinista:

—¡Ah! me acuerdo en este momento de una persona que podría servirnos muy bien, y que francamente, me sería muy grato que apadrinase mi matrimonio...

—¿Cómo se llama?, preguntó Rosita, que era la que había arreglado el casamiento.

—Don Fernando Henkel.

—¡Oh, si está en California!

—Ya ha venido, señorita.

—¿De veras? ¿Lo sabe usted bien?

—¡Pues no lo he de saber! si yo lo conozco mucho.

—¿Oyes, Clara?

—Sí, dice el señor Roldán que conoce a don Fernando Henkel.

—¿Pero te parece bien que sea tu padrino?

—En todo lo que disponga mi madrina estoy conforme, y mucho más, añadió con una sonrisa picaresca, en lo que a ella misma pueda serle agradable.

—No seas maliciosa, Clara.

—¿Por qué?

—Porque entonces diré de ti y de tu futuro a quien voy también conociendo que Dios los cría y...

—Puede que venga un tiempo en que yo diga otro tanto de mi madrina y de mi padrino.

Aquella conversación minuciosamente repetida a Fernando, lo decidió a desempeñar en el matrimonio de don Fausto el papel de padrino, que desde un principio se había señalado, sin esperar tener en tales funciones tan grata compañera, uniendo a esta ceremonia la distribución de unas fanegas de sembradura que había mandado comprar, para ensayar la institución de los *minorazgos*, de que luego hablaremos.

El día anterior al matrimonio habían pernoctado todos en el pueblo de Tianguistengo con objeto de salir al siguiente entre siete y ocho



de la mañana, como lo verificaron, para el pueblecillo de Almoloyam, que apenas distará una legua.

En las ocasiones en que se reunía la caravana, Fernando y Rosita tenían que tratarse con cierta intimidad que a ninguno de los dos podía desagradar; sin embargo, el primero, llevado del deseo de no ser importuno a su amada, a la vez que se desvivía porque tuviese cuanto gusto fuera posible, se alejaba discretamente, conociendo que cualquier incidente desagradable que viniese a estorbar su renaciente amor lo haría imposible para siempre. Excusado es decir que tal reserva que al principio alarmó seriamente a Rosita, fue después para ella motivo de las más viva y secreta satisfacción, porque experimentaba que lejos de menguar las consideraciones siempre delicadas que el maquinista le había tributado en el tiempo de su grandeza, habían aumentado realmente cuando la veía huérfana. Tal era el motivo que había hecho preferir a Fernando el bogar en chalupa, cierto de la facilidad en que quedaba de acercarse a la canoa en que iba Rosita, apostando al efecto carreras con la otra chalupa en que iba Walker, que aunque dirigida o impulsada por un buen remero, el llevar dos personas hacía que siempre le sacase la de Fernando notoria ventaja. Estos juegos en que tomaban parte algunas otros de los concurrentes, divertían de tal manera a los que iban en las canoas que llegaron sin apercibirse de ello a la orilla opuesta del lago en la que se había preparado una sombra.

Allí esperaba un almuerzo al estilo del país y los más exquisitos platillos a la extranjera, que hicieron recordar involuntariamente a Rosita los groseros ofrecimientos de don Justo Amable.

Conmovidas las dos jóvenes por los ecos blandos de una música de cuerda hábilmente desempeñada, que con sus melodías les traía a la memoria los días felices que habían pasado en San Ángel, y al suave murmullo de las ondas cristalinas que nacen en aquel lugar para ir a visitar los alrededores de Guadalajara y de Colima, excitadas como sus amantes por el olor balsámico de las ninfas acuáticas que huyendo la presión de las chalupas enseñaban sus dorados pétalos, y por esa brisa tibia, voluptuosa de nuestro suelo que en la primavera nos da nueva vida y nueva sangre, en medio del ruido que hacen al destaparse las botellas de la champaña, en esa grata confusión que da una verdadera alegría cuando cada uno de los individuos de una reunión se siente feliz, dos miradas ardientes cruzaban como dos relámpagos al aire, la de Fernando que buscaba a Rosita, la de ésta que encontraba la de su amante.

En aquel momento de suprema felicidad, un grito agudo que dio repentinamente Clara turbó la general alegría; la causa era que acababa de reconocerse en la persona de Enrique Walker al jefe de los americanos y contra-guerrilleros que habían asaltado la casa de su amiga, cuyo reconocimiento no había hecho antes, porque en el viaje de México a Santiago, el americano había ido a caballo y Clara en coche, y en las pocas horas que habían corrido de aquella mañana, sólo se había ocupado ella de la impotente ceremonia de su matrimonio.

Cuando el maquinista y Walker dejaron las chalupas para ir a almorzar, este último se había colocado a gran distancia de los novios y padrinos; pero cuando vio desde su lugar que habían abierto una lata de salchichas con trufas, y que tardaba algo en llegarle su plato, se dirigió muy marcialmente al lugar en que estaba la novia porque cerca de ésta servían, y presentó su plato vacío con la mano izquierda. Clara tuvo primero la simple curiosidad femenina de examinar el hermoso diamante que el americano llevaba; pero apenas lo vio con cuidado, creyendo reconocer el anillo en que estaba engastado, buscó la cara del que lo llevaba y no pudiendo dejar de reconocer al jefe de los que habían asaltado la casa del señor Dávila, poseída de terror se le escapó involuntariamente un grito. Su esposo y Fernando fueron los primeros que acudieron a ver lo que había sucedido; pero ella temiendo las consecuencias que se seguirían si decía la verdad, ocurriéndosele también la duda de que fuese realmente aquel americano el jefe de los bandoleros, dijo con mal fingido continente que le había picado en el brazo seguramente un alacrán. Se quitó el velo blanco, se sacudió el vestido, buscaron por todas partes la perjudicial sabandija sin encontrarla, con gran sentimiento de Roldán que deseaba despedazarla. Walker, a quien no se había escapado la emoción que había causado en la desposada, no sabiendo a qué atribuirla, se quedó como siempre impávido con su cara de palo, y no se quitó del frente de la novia hasta que le llenaron su plato de salchichas.

Concluido el almuerzo volvió la comitiva a la sala cural, donde a poco se presentó el ayuntamiento, seguido de casi todas las familias del pueblo y de muchas personas que de los contornos habían venido a presenciar la repartición de los lotes de tierra, que se habían comprado por disposición del maquinista para fundar los *minorazgos*.

Conforme al deseo que él mismo había indicado, se guardaba en absoluto secreto los nombres de los jefes de familia que iban a ser premiados; así es que la multitud de éstas deseando saber quienes fuesen



se apiñaban en la puerta. Entonces pareció conveniente que saliesen a un pequeño corredor que allí se encuentra, el ayuntamiento que iba a hacer la adjudicación, las personas notables de las cercanías que habían sido convidadas y los padrinos del casamiento, que pondrían los títulos de propiedad y sus condiciones en manos de los agraciados. En un extremo del corredor se colocó el ayuntamiento, y en el otro Fernando y Rosa, coronada aún con las flores que había llevado al paseo y que conservaba por distracción.

El secretario del ayuntamiento leyó las condiciones con que iban a distribuirse aquellos terrenos, reducidas sustancialmente a las que siguen:

1° Pasarán de padres a hijos, prefiriéndose el menor de los que vivan y por esto se llamarán MINORAZGOS.

2° No podrán enajenarse, ni empeñarse, ni dividirse, y el que algo diere por cualquiera de estos motivos lo pierde.

3° El que tenga otra posesión territorial, igual o mayor que la que se va a repartir, que es de una fanega de sembradura por cada familia agraciada, sea que esa propiedad le venga por herencia, por compra o por cualquiera otro título, no podrá adquirir un minorazgo.

Leídas estas proposiciones al pueblo que estaba presente, se le preguntó si estaba dispuesto a apoyarlas y sostenerlas en todo tiempo, transmitiendo a sus hijos el encargo de perpetuarlas, y todos contestaron afirmativamente como si fuera la voz de un solo hombre.

El secretario comenzó a llamar a los jefes de familia que a juicio del ayuntamiento merecían y necesitaban aquel auxilio, y gritó primeramente este nombre:

—¡José Rafael! Un murmullo de aprobación se escuchó inmediatamente entre todos los campesinos; pero el agraciado no se presentó, a pesar de que fue llamado otras dos veces. Entonces el presidente del ayuntamiento mandó al secretario para que suplicase a Fernando no extrañase la tardanza de aquél que era un pobre soldado retirado, cojo y manco, cargado de numerosa familia, compuesta de nietos, porque a sus hijos se los habían arrebatado para el ejército así como habían hecho con el mismo José Rafael, abandonándolo después de herido e inutilizado para que pidiese limosnas.

Fernando contestó al presidente que lo que el ayuntamiento dispusiera estaba muy bien, y dijo para sí, tristemente: así como este pobre José Rafael habrá quedado inútil y en el mayor abandono mi infeliz

padre, a no ser que más infortunado que otros haya muerto peleando por la fuerza contra sus hermanos en favor de algún ambicioso. Este recuerdo anubló por algunos momentos la frente del maquinista; pero el día había sido tan dichoso tenía tanta necesidad de abandonarse a la grata satisfacción del verse correspondido de Rosita, que se evaporó tal pensamiento así como la vaga reminiscencia que tuvo en el lago, cuando le pareció que le era conocido y casi familiar, y pronto volvió a manifestar una viva satisfacción, especialmente cuando se acercaban los inteligentes agraciados a la hermosa joven quien les ponía en la mano el título de su propiedad pasaban después a dar las gracias a su benefactor.

Cuando el secretario concluyó de llamar a los indígenas designados, leyó también que en poder del ayuntamiento quedaban doce yuntas de bueyes con sus aperos a fin de que los más necesitados y que tuviesen tierras que labrar, pudieran emplearlas sin pagar estipendio alguno, lo cual sirvió de consuelo a los que no habían alcanzado lote, pues éstos no habían sido más que doce.

La música y las campanas llenando los oídos con su estruendo anunciaron que había terminado la distribución de los minorazgos; pero, repentinamente, una gran vocería que venía de entre el pueblo que ya había empezado a retirarse, anunció que algo nuevo ocurría, porque se vio que los indígenas volvían al patio de la casa cural. La vocería continuaba creciendo en proporción que se acercaban, hasta que los del ayuntamiento al divisar que traían un hombre elevado sobre los demás, conoció y comunicó a Fernando que habían encontrado los indígenas al tío José Rafael, y que lo traían en triunfo para que recibiese su premio.

Cuando los que cargaban al tío José Rafael llegaron donde estaba Fernando, cesaron la música y los gritos; el anciano apoyándose en una muleta se puso en pie, manifestando un continente militar; Fernando, que también estaba de pie, y que había dado el brazo derecho a Rosita para retirarse, le presentó a aquél el documento de la ocasión diciéndole con la mayor afabilidad y en mexicano:

—Ya sabemos, señor que sois un honrado padre de familia, y que si habéis tardado es seguramente por vuestros males. Yo bendigo a la Divina Providencia porque me permite en este día reparar en una pequeña parte las desgracias que otros os han causado.

El anciano no pudo contestar; sus ojos expresaron diversas emociones que sólo Rosita, que estaba muy inmediata a él pudo notar; primero se pintó en su rostro el respeto, luego una indefinible ternura,

después un aturdimiento completo que lo hizo vacilar, buscando el apoyo de uno de los que lo habían traído.

Fernando creyó que la dificultad de mantenerse en un solo pie después de subir la calzada, era lo que había ocasionado al tío José Rafael aquel vahído; Rosita quedó pensativa creyendo haber observado en la fisonomía del viejo y en la de Fernando una gran semejanza, dato de que absolutamente carecía Fernando, porque nadie se conoce a sí mismo.

—¿Pero qué le sucedió a usted tío Rafael?, le decían varios amigos que volvían a cargarle para conducirlo a su casa.

—Hombres, no sabré decirles a ustedes lo que sentí cuando ese caballero me dirigió la palabra en mexicano; lo habla tan perfectamente.

—¡Vaya! ¡Pues cómo no lo ha de hablar si es también indio como nosotros; sólo que le han enseñado buenos oficios y por eso es una persona tan decente!, dijo otro de los circunstantes.

—Pues a mí me pareció, contestó el viejo, que estaba delante de mi coronel.

—¿Pero no viste cuánto se parece el señor don Fernando al tío Rafael?, dijo uno hablando con otro indígena que estaba cerca del anciano.

—¿Y eso qué?, contestó el interrogado, todos los indios mexicanos nos parecemos.

El tío Rafael se quedó pensativo diciéndose a sí mismo:

—¿Será este caballero tan generoso mi Juanillo, que se quedó en México cuando me cogieron de leva? ¡Esa voz que me conmovió en lo íntimo de mis entrañas!; esa semejanza con mis otros hijos que están en el ejército! Pero no; la vejez me hace delirar; mi pobre Juanillo, sin protección, y aún sin conocer las calles de la ciudad, se habrá muerto sin duda de hambre, o si encontró quién le diese un pedazo de pan, luego que haya crecido lo habrán cogido de leva como a mí, como a sus hermanos, y ahora estará tal vez mutilado en un hospital, o pidiendo limosna...

—¿Qué tiene usted tío Rafael? ¿Por qué se le ruedan las lágrimas?, le preguntó uno de los que tenía más cerca.

—Nada, hombre nada; contestó el anciano dando a su rostro una expresión de fingida alegría, a pesar de las lágrimas que surcaban sus tostadas mejillas; los viejos somos como las calabacitas... muy tiernos.

—Vamos, ya tiene el tío Rafael su buen humor de siempre. Adiós, tío Rafael; ya sabe usted que es dueño de una fanega de excelente



tierra de sembradura, y que no le faltarán bueyes para beneficiar la milpa que ya está sembrada.

—Sí, hijos míos, gracias a ese excelente señor que se ha acordado de los pobres indios; roguemos a Dios porque en todo le vaya bien.

Al decir estas palabras pasaba delante de la cabaña del tío la caravana de los que habían ido al casamiento, que se volvían a comer al pueblo de Santiago, porque Fernando había exigido de los indígenas de Almoloyam que nada preparasen el día en que fuese al pueblo, precaución enteramente indispensable, porque el carácter de los indígenas generalmente hospitalario y algo vano, hace que verdaderamente se arruinen por obsequiar a aquellos que aman o respetan, si van a visitarlos.

—¡Allí ya!, exclamó el anciano al ver que pasaba Fernando adelante de la cabaña, y levantando las manos al cielo en más suplicante añadió:

—¡Protégelo Dios mío!

Aquella voz era la bendición de un padre, y el eco de un pueblo agradecido.



3. TEOTLA⁶

Pocos días después, Rosita y Clara se hallaban en el pueblo de Tenancingo, esperando permanecer en él hasta que los americanos, que estaban ya tratando de la paz, abandonasen la capital. Una ligera indicación hecha por la huérfana a Fernando, de lo penoso que le era vivir entre los invasores, había bastado para que don Fausto, que hacía de jefe de la expedición propusiera a su esposa y a Rosita el pasar a Tenancingo por algunos meses hasta que la capital estuviese libre. Las dos jóvenes aceptaron la proposición con entusiasmo, sin sospechar la parte que en tal determinación tenía el maquinista. Éste, a quien llamaban negocios urgentes a México, fue invitado por don Fausto para ir a la nueva expedición, juntando sus instancias, Rosa y Clara a las del comerciante, prometió reunírseles dentro de breves días, por cuya causa marcharon Rosita, Clara y don Fausto para el pueblo indicado, mientras que el maquinista volvió a México con Walker, acompañado de los padres de Clara que fueron a instalarles, a la habitación de “La Estrella del Sur”. Fernando dispuso sus negocios convenientemente y a pocos días emprendió la marcha para Tenancingo, acompañado de Walker, que por la sola costumbre se había hecho ya un compañero necesario.

La tarde en que debían llegar a dicho pueblo, Rosita y Clara acompañadas de Roldán salieron a esperar a Fernando a la hacienda de Chalchihuápam, que es una pequeña posesión situada en la falda de la montaña que tiene el pueblo hacia el oriente, a cuyo fin había manifestado la mayor deferencia Rosita, luego que Clara había leído la carta dirigida a su esposo, en que le participaba Fernando el día de su llegada y aun aproximadamente la hora, deseando dar una prueba al maquinista del cambio que se había operado en su persona.

⁶ Significa en mexicano lugar de los dioses, los hijos del país han corrompido este nombre pronunciando “quiotla”. [Nota del autor.]



Tenancingo se hallaba en principios de 1848 poblado de familias de la capital que, huyendo de los americanos, le daban grande animación. Al ruido de sus telares unía el estrépito de numerosas caravanas que salían a recorrer sus pintorescos alrededores, a la amenidad de sus campos sembrados de trigo, la hermosura de muchas jóvenes que salían por las mañanas a admirar la estruendosa cascada llamada “El Salto”, y a gozar por las tardes los rayos amorosos de un sol que tiñe de esmeralda los elevados cerros, de oro los renuevos de los álamos, y de reciclar las nubecillas ligeras que suelen coronar la cumbre de El Calvario o el cerrito de Tepetzingo.

Las hijas del país enseñaban a las mexicanas algunos de los puntos más ventajosos para admirar las florecientes campiñas de aquel dichoso país, y unas veces las conducían a la altura de Las Capillas, desde donde se divisa el pueblo formado de calles a cordel aunque de pobres edificios en lo general, en cuyos patios o *corrales* no falta algún árbol de durazno, de capulín o de naranjo, que florecen y fructifican sin el menor cultivo, y otras veces las llevaban a la orilla de la tenebrosa barranca de Tecualoya, sembrada de ocotes y encinos, donde cantan multitud de jilgueros, y en cuyo fondo corre serpenteando un pequeño y cristalino río.

Muy bello debe haber parecido este pueblo a las familias que en él se refugiaron en la época referida, y muy hospitalarios y trabajadores sus habitantes, que entonces no habían abrazado con el furor que después han hecho la guerra civil, impulsados por pésimos ejemplos que aquella gente sencilla no ha tenido reparo en seguir.

Luego que Fernando distinguió a Rosita y a los recién casados, que venían a encontrarle, se apeó del caballo, creyendo que era buena ocasión para abrazar a sus amigos. Walker dejó también su frisón para que se lo llevarsen los criados, y después de apretar la mano a don Fausto y de hacer una inclinación a las señoras, tomó su escopeta esperando encontrar alguna caza entre los trigales, que hay a uno y otro lado de la calzada, que media entre la hacienda de Chalchihuápam y la población.

Después de los saludos de costumbre, Rosita fue la que abrió la conversación, porque Fernando después de abrazarla se figuraba que cualquiera otra pretensión sería un enorme atrevimiento.

—Sabíamos ya la venida de usted, señor Henkel y...

—Y se han dignado ustedes venir a molestar.

—¡Qué molestia! si todas las tardes salimos a los alrededores del pueblo, ¿no es verdad, Clara?

—Y tanto, respondió ésta, que ya conocemos la mayor parte: la marmolera, el salto, el río de Santana, la orilla de la barranca, el puente de Tepetzingo, La Trinidad, Las Capillas; hemos ido hasta la cascada de San Simonito, pero a caballo porque está lejos, solamente nos falta Teotla, a donde podríamos ir esta tarde, si mi padrino no está cansado.

Fernando había sentido algún cansancio a pesar de que no hay más que diez leguas de Toluca a Tenancingo, por el largo tiempo que llevaba de trabajo sedentario; pero desde que llevaba a Rosita lo había olvidado enteramente, así es que le contestó a Clara:

—No tengo cansancio ahijadita; pero aunque lo tuviera, creo que desaparecería con la vista de tan amenos lugares, principalmente por ser ahora tan afortunado en...

Ya hemos dicho que Fernando era de genio muy corto, y por esto no concluyó su frase, que Rosita comprendió en todo su pensamiento.

—¿Ve usted, padrino, preguntó Clara, la sombra que arroja hacia nuestra derecha, ese gran cerro que tiene tres cruces?

—Sí, ahijadita, y por cierto que ocupa una grande extensión dando a los muchos árboles que hay por ese lado un tinte oscuro, y aun melancólico, por el contraste que forman los demás árboles alumbrados por el sol poniente.

—¿Divisa usted un pequeño campanario que sobresale entre esos árboles oscuros?

—Sí.

—Pues ésa es según me han dicho la capilla de Teotla, y si no se ha de asustar usted, le diré también que es un camposanto.

—Muy bien escogido en cuanto a lo poético del lugar, contestó Fernando; y si las sombras de la muerte son como la que extiende el cerro de las Tres Cruces sobre Teotla, lejos de inspirar ningún terror parece que atraen aun a los más medrosos para disfrutar de su dichosa calma. Pero es el caso ahijadita que ese precioso lugar que estoy ya comparando en mi imaginación con los Campos Elíseos, pues me parece que tiene con ellos la semejanza de la amenidad y de una luz suave, ofrece la dificultad de que no sabemos por dónde se llega a él.

—Calma, padrino; yo me he hecho algo entendida en esto de senderos; tenemos ya un punto de mira, que es la torrecita y nos colaremos por la primera callejuela de carrizos y floripondios que veamos abierta hasta llegar a los campos... ¿Cómo dice usted padrino?

—Elíseos.

—No sé qué es eso, ¿lo sabes tú Rosita?

—No.

—Los Campos Elíseos, contestó Fernando, eran unos lugares amenos, a los cuales, según suponían los antiguos, iban las sombras de los buenos.

—¿Y cómo se hacía este viaje?, preguntó distraídamente Rosita.

—En la barca de un viejo despiadado llamado Carón, que rechaza a las almas que no llevaban para pagar su pasaje.

—Pues lo que es pagar por irse a la otra vida, dijo don Fausto, cuyo genio mercantil y calculador se había despertado desde que tenía tienda, todavía se acostumbra.

—Yo he leído, dijo Clara, que había un río cuyas aguas producían el olvido; si era el mismo que se atravesaba en la barca de Carón, entonces estaba bien ganado el dinero por este viejo.

—Las aguas que se atravesaban para ir a Los Campos Elíseos, replicó Fernando, formaban una laguna cenagosa y fétida llamada Estigia. En cuanto al Leteo, que así se llamaba el río de que habla mi ahijadita y cuyas aguas producían al beberlas un absoluto olvido de lo pasado, parece que se hallaba distante.

—Lástima que se haya perdido, dijo Rosita, porque yo me bañaría en él con mucho gusto; y confieso una propensión de mi carácter, seguiría bebiendo frecuentemente por renacer en mis impresiones para la naturaleza, y especialmente para mis amigos. Volver a conocerlos, volver a apreciar su carácter, y al mismo tiempo que mis ojos sintiesen la primera impresión de la luz, y mi cuerpo el placer de andar como si fuese la primera vez, todo sería muy delicioso.

—¿Y en cuanto al corazón?, preguntó Fernando, que empezaba a sacudir su cortedad.

—Ese pobre también ganaría, porque basta ahora solamente he amado de veras a mi padre...

El semblante de Rosita se anubló un poco.

—Pero, si no ha amado usted hasta ahora, observó Fernando, es como si acabara usted de bañarse en ese afortunado río que yo también quisiera hallar... que en vano he buscado.

—¿Lo ha buscado usted, Fernando?

—Sí, Rosita.

—¿Y por qué?

—Porque he amado mucho, con toda el alma, más de lo que Dios permite para ser feliz...

Rosita, cuyo bello color había vuelto a sus mejillas desde que había dejado de ser presa de la miseria, se sonrojó un poco oyendo aquella indirecta declaración, y contestó, con aquel aire terriblemente dominador que solía mostrar, aunque en esta vez con una expresión seductora en sus ojos, medio cerrados, medio dormidos, que arrojaban una ternura indefinible, y que parecían alentar a su amante, así como en otra ocasión lo habían abatido:

—Entonces para usted es inútil ir a ese río, supuesto que solamente *ha amado*; a no ser que sus aguas tengan también la virtud de dar recuerdos...

—¡Oh, Rosita! siempre la misma, torturando sin piedad el corazón del que ama a usted más que a su vida.

Fernando no había advertido que él y su compañera, siguiendo a sus ahijados, habían tomado la callecita que buscaba Clara para dirigirse a la capilla de Teotla, a cuyo frente habían llegado ya.

Don Fausto y su esposa seguían impávidos un camino que continúa siguiendo el que conduce a la iglesita. Walker se había empeñado en seguir a una liebre; quedaban pues solos el maquinista y Rosita.

Feliz ésta por encontrar el amor de Fernando tan ferviente y tan delicado como en otro tiempo, tuvo alguna inquietud, cuando comparando las dos épocas le ocurrió la duda de si Fernando la estimaría menos porque aceptaba su cariño cuando era pobre y desvalida.

—Señor Henkel, le dijo, yo no puedo recibir esos homenajes, que siempre he apreciado por sinceros, sin indagar primero qué juicio formaría usted ahora de la pobre huérfana si correspondiese a un amor que le fue ofrecido en tiempos más dichosos sin dar muestra de que la conmoviese.

—Yo diría, contestó Fernando, ebrio de felicidad, que cada día que ha pasado ha sido mayor mi pasión; que no esperaba pudiese crecer más, y que no obstante siento en este momento que antes casi no había amado, porque esa delicadeza me exalta y me enloquece de un modo enteramente desconocido.

¡Oh, Rosita! ¡Rosa!, continuó con un verdadero delirio, sentándola en las raíces de un árbol que está en frente de la iglesita, y tomándole con la mayor ternura una de sus manos: dime, hermosísima mujer, que ya no desprecias al artesano que se atrevió a dedicarte su corazón; dime que no repugnarás el ser la compañera de mi vida después de que hayamos recibido la bendición santa; dignate en fin decirme, y no me arrojes es con tu negativa al infierno, ¿me amas?

Rosa no respondió: sentada sobre las raíces del árbol que se elevaba como ofreciendo un asiento, tenía delante de sí a Fernando de rodillas; poseída de una conmoción nerviosa atrajo la cabeza de éste, iba a decir *Sí*, pero se lo impidieron los labios de su amante.

Un silencio de algunos segundos en el bosque dio a aquella transfusión de dos almas una grave solemnidad; después se oyó el tierno arrullo de dos tortolitas a quienes inflamaba el suave calor primaveral. Aparecieron a poco Clara y Roldán, que no habían podido ver el término de la vereda que habían seguido porque se perdieron en un espeso monte y volvían en busca del maquinista, acordándose que acaso no habría comido y temiendo que estuviese disgustado de aquel paseo.

Los ojos centellantes de Fernando, y el grato sonrojo de su amada no confirmaron aquella suposición.

Walker se les reunió a poco y traía colgando del cañón de su escopeta unas tórtolas y una liebre ensangrentada. Parecía que el destino del americano era el ser repelido bruscamente por los mexicanos a quienes trataba porque, habiéndose acercado a Clara algo humanizado y muy satisfecho de su caza, le preguntó ésta:

—¿Mató usted estas tortolitas?

—*Yes*, contestó el americano.

—Ha hecho usted mal.

El yanqui hizo un gesto como de interrogación a Fernando, deseando que le explicase lo que aquélla decía y, sabiendo que desaprobaba su acción, alzó los hombros con grosero desdén, añadiendo en inglés que aquellos animales eran excelentes en la sartén y que él los guisaría.

—Esta noche se verá nuestra casa con buena tertulia, dijo Roldán, porque nos toca recibirla, y yo celebro mucho la llegada de nuestro padrino porque soy incapaz para los cumplimientos.

—No soy en ellos fuerte, contestó Fernando, pero haremos lo posible por dejar complacidas a nuestras visitas.

—Según me dijeron, esta noche nos será presentado un personaje de quien se hacen grandes elogios en la población, y para quien están abiertas todas las casas.

—¿Le conoces?, preguntó Clara.

—Le vi esta mañana en la misa de El Calvario; es hombre así como de cuarenta años, algo calvo, muy devoto, por señas que se daba terribles golpes en el pecho. Aseguran que ha prometido costear en cada día primero una función de iglesia muy solemne; ha regalado ya unos ornamentos a la parroquia, y aun dicen que va a repartir unos pequeños



lotes para huérfanas pobres porque es muy caritativo, especialmente con las huérfanas, a quienes siempre ha tenido la mayor compasión.

—¿Cómo se llama ese señor?, preguntó Fernando movido de tales recomendaciones.

—Don Justo Amable, contestó Roldán, con el mayor respeto mientras que Clara y Rosita, se miraban llenas de sorpresa.

—Pues sea bienvenido, dijo indiferentemente Fernando.



4. MAGNETISMO. VISIÓN A DISTANCIA. VISIÓN RETROSPECTIVA

Aunque no hemos vuelto a hablar de María, nuestros lectores habrán tal vez considerado ya cuál debió ser la triste situación en que se encontró después de la desaparición de Fernando.

La aflicción de aquella solitaria joven era profunda; y sin embargo no tenía nada de violenta: consistía verdaderamente en una continuada melancolía, que se aumentaba en la hora del crepúsculo en que iba siempre a sentarse al mirador de los arcoiris, agostando su ser, matando todos sus deseos. Soñar con Fernando, buscándolo en vano al despertar, para llorarlo muerto, hacerle ramos con las mismas flores que había visto cuando paseó con ella el jardín, y guardarlos después en unión del primero, que había dejado; suspirar por muchas horas a la sombra de los tamarindos, o divisar el río de Huajintlán, he aquí su vida, que podemos comparar a la del botón de una rosa que no se abre por falta de savia, a la de una crisálida que no puede romper su capullo por falta de calor, a la perla que empieza a cuajarse en la concha.

Pedro “El Otomí” había conocido muy pronto el efecto que había causado en su hija la desaparición del viajero, y en su terrible carácter sólo había podido abrigar desde entonces un celo terrible, creyendo que María le amaba menos, y una rabia mayor contra todos los hombres.

Al siguiente día de la desaparición de Fernando, María salió de su cuarto como una sombra para ir a visitar el oratorio, con ánimo de saber lo que había sido del cuerpo de Fernando a quien creyó siempre muerto. Al ver vacía la cama se volvía llorando cuando se encontró con fray Gil, quien le preguntó:

—¿Por qué lloras, María?

Ésta no respondió.

—Ayer a esta hora te levantaste alegre y ligera como una mariposa, fuiste a llenar tu canastita de frutas y volviste a estudiar conmigo; ¿es posible que el simple paso de un desconocido te haya cambiado tanto, que no quieres ahora ni hablarme?

María se acercó a donde estaba Gil, y apoyándose en su hombro lloró largamente, mientras que éste le pasaba la mano cariñosamente sobre su cabellera.

La joven se retiró en seguida a su cuarto, deseando que su padre no la viese llorar. Fray Gil salió al corredorcito de la casa donde encontró a “El Tigre” que estaba espiándolo.

—¿Por qué abrazaba usted a mi hija?, preguntó con voz de trueno el bandido.

—Yo no la abrazaba, contestó tranquilamente el ex-lego, sentándose a tomar el sol; procuraba consolarla y esto es todo.

—¿Y por qué llora?

—No me lo ha dicho; pero supongo...

—¿Qué supone usted?

—Supongo que llora por la desaparición del viajero.

—¡Miserable! yo no he traído a usted aquí para que juzge de las cosas que pasan en mi casa.

—Yo no juzgo, solamente veo.

—Pues yo le sacaré a usted los ojos, dijo el bandido ya rabioso, acercándose al ex-lego que, con la mayor tranquilidad del mundo, había extendido sus enormes zancas de manera que les diese el sol.

Sin embargo aquella amenaza de privarle de la vista le causó un horror espantoso, y se apresuró a contestar:

—Si le ha disgustado a usted mi presencia en la casa saldré de ella cuando usted quiera, sin necesidad de que me saque los ojos.

—Sí, es lo mejor, supuesto que aun cuando vienen personas extrañas usted se pone a dormir sin avisarme que en mi propia cama se halla un desconocido.

—En primer lugar yo estoy enfermo; en segundo lugar ese viajero era una persona pacífica.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me ha platicado largamente.

—¿Qué le dijo?

—Que traía oro de la California y...

—¿Que traía oro?, interrumpió el bandido.

—Sí, y que ya que el destino lo había conducido a esta casa, le iba a pedir a usted la mano de María.

—¿Y no le preguntó a usted por qué estaba aquí esa niña retraída, y por qué ha venido usted a vivir en su compañía?

—Sí.

—¿Y qué le contestó usted?

—Todo cuanto sé.

Un grito confuso que solamente arrojaba el bandido cuando entraba en el mayor furor hizo retemblar la cabaña; de un salto se puso “El Tigre” en el oratorio de donde salió con una espada desnuda en la mano, al mismo tiempo que María, saliendo de su cuarto, se interpuso entre su padre y fray Gil, diciéndole al primero con acento desgarrador:

—¡Perdón, padre mío! ¡Perdón para este desgraciado; ya que ha muerto el otro, que éste viva!

La espada levantada que amenazaba la vida del ex-lego cayó al suelo, y centellando todavía de furor los ojos del indio, gritó:

—¡Que desaparezca en este momento de mi vista! ¡Que huya hasta donde no pueda saber de él, porque lo mataré sin piedad donde lo encuentre; y sobre todo que olvide que ha vivido aquí. ¡Gachupin! dale a este hombre un caballo y dinero.

El ex-lego tomó el báculo en que se apoyaba para andar en razón de su enfermedad, se negó a recibir el caballo y el dinero, y vino a besar arrodillándose la mano de María, echó una larga mirada sobre aquella casa en que había sido feliz hasta entonces, tanto al menos cuanto le era posible con su enfermedad, y enjugándose con la mano dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas, tomó el estrecho sendero que los conductores de Fernando habían seguido en la madrugada de aquel mismo día...

Los tristes días de la inocente joven pasaban con la misma regularidad que los antes felices, sin ofrecer una inmediata perspectiva de cambio; y esa letal agonía de un corazón que ya no espera, la hacía desmejorar visiblemente hasta el grado de alarmar a su padre.

—¿Qué quieres? ¿Qué deseas?, le decía una tarde que la acompañaba a su paseo favorito del mirador.

—¿Qué deseo? Nada padre mío.

—Te veo muy triste, Mariquita; y si dependiera de mí volverte tu antigua alegría, no habría sacrificio que me detuviera.

—Pero eso ya no depende de nadie en el mundo; Dios sólo podría... yo al menos todos los días le pido, después de rezar mi oración, que me conceda verle otra vez, del modo que sea posible ver a los que han pasado a otra vida, y que después me muera.

—¡Verle otra vez!, murmuró “El Tigre” poniendo ceño torvo, ¿de quién hablas?

—¡Ah, padre mío, no me mires así...!



“El Otomí” cambió inmediatamente la expresión de su mirada, y acercándose a su hija le dijo con dulzura acariciándola:

—Mariquita, tienes razón, yo no debo verte con enojo; eres el único recuerdo vivo que me queda de un tiempo en que fui bueno, y que por mi desgracia corrió rápidamente. Yo deseara también ¡oh! ¡Y con toda mi alma! ver otra vez a tu madre, aunque inmediatamente me cayera un rayo.

María se estremeció entre los brazos de su padre.

—No temas, hija mía; tú eres amada de Dios, porque eres buena, y porque desde el cielo te ampara tu madre...

Al decir esto “El Otomí”, que tenía sobre sus rodillas a su hija, la estrechaba las manos en las suyas, pasando el brazo izquierdo por la cintura. María lloraba recostada suavemente en el hombro de su padre.

—Sí, Mariquita, continuó éste, comprendo cuánto poder encierra esa atracción que unos seres ejercen en los otros, porque mientras vivió tu madre yo no vivía sino para estar a su lado, para obedecerla, para besar la huella que dejaba su pie...

El bandido se enjugó una lágrima, y no volvió después a tomar las manos de su hija.

—Yo te he tenido retirada porque en la sociedad, viviendo yo, serías afrentada por mi causa; esperaba asegurarte una fortuna para poder desaparecerme dejándote los medios de ser feliz; pero tú te has adelantado un poco; no te riño por esto; ardiente como yo, pura como tu madre, tu inocencia no te advirtió que amando se esclaviza el corazón, y persiguiendo una felicidad imposible se alcanza una desgracia verdadera.

María, entrecerrando los ojos, exhaló un suspiro, y cediendo a la debilidad que en aquel momento comenzó a sentir, dejó caer enteramente la cabeza sobre el hombro de su padre.

—Pero no te aflijas de este modo, continuó éste bañándola con una tierna mirada; yo no seré por mucho tiempo obstáculo para tu felicidad... demasiado he vivido... Yo te trasladaré a México y haré que a la sombra de personas influyentes y bien conceptuadas, que no me faltan, conozcas los placeres de la mejor sociedad, y si en ella logras encontrar persona que reemplace...

—¡No, padre mío, jamás!, dijo esto la joven enderezándose y dilatando las pupilas de sus ojos, que inmediatamente volvieron a cerrarse porque no pudieron resistir la fuerza de los de “El Otomí”.

Éste quedó en silencio aterrado por la persistencia que mostraba María en atormentase.

—Allí le dijo... en el oratorio... viniste luego y lo dormiste...

—Es verdad, hija mía, lo hice dormir y...

—Hiciste después que le llevasen “El Gachupin” y Juan... lo colocaron debajo de un árbol y lo llevaron otros hombres por el río...

—¿Otros hombres?, preguntó “El Tigre”, y vio entonces que su hija al parecer dormía profundamente.

—Siguió caminando hasta una gran ciudad... hasta México... Allí le veo; sobre una casa muy alta, muy alta... tiene en sus manos varios instrumentos... se halla muy agitado, cerca de un gran fuego. Su frente muestra una gran concentración de ansiedad... ya... ya ¡ha logrado su objeto! Corre a raudales un metal amarillo. ¡Qué satisfacción se pinta en sus miradas! ¡Qué feliz es! Leo en este momento su pensamiento íntimo. No crean que busca el poder para sí; anhela ver felices, menos desgraciados siquiera, a los que sufren. Este noble fin es el que purifica, eleva y diviniza el barro vil que sirve de instrumento y de compañero necesario al rayo de espíritu que nos viene de Dios para animarnos. El alma, sí, el alma reconoce su origen en esas esperanzas de recompensas después de la vida, busca la armonía con los otros seres espirituales, y deseando imprimirla en los objetos materiales, ya que no puede hacerlos caminar en la relación de igualdad y de justicia, hace un esfuerzo sobre sí misma e inventa la beneficencia y la caridad, la ley de protección que los seres perfectos se ven obligados a ejercer respecto de los seres imperfectos o desgraciados, buscando siempre la armonía, la perfección en el gran todo...

Al padre de María solamente le llamaba la atención el aspecto singular que ella mostraba, porque sobre sus facciones, habitualmente tranquilas, se había extendido una especie de inefable dulzura, de beatitud. Sonreía la joven como el niño en el regazo de la madre; brillaban sus facciones con una luz que parecía propia y que animaba el rostro de la joven, pintándolo de un suave carmín sus mejillas y sus labios, al mismo tiempo que entreabría los párpados como si tuviese que dejar escapar una ternura indefinible. Había llegado al éxtasis.⁷

⁷ Remitimos a nuestros lectores que deseen tener pruebas de los prodigiosos efectos observados en las personas felizmente dotadas para el magnetismo a la obra de Mister Charpignon en el capítulo que trata del éxtasis, una obra titulada *Fisiologie, médecine et métaphysique du magnetisme*. [Nota del autor.]

Su padre conoció instintivamente que tal estado no podía prolongarse sin perjuicio de la joven, y procuró llamarle la atención sobre los objetos que acababa de referir.

—¿Y ese hombre que estaba en la casa muy alta, quién es?

La joven no respondió; y su padre volvió a preguntar.

—¿No has visto ya al viajero?

—¿El viajero? ¿Fernando?

—Sí; decías que estaba mirando correr un metal derretido.

—Ya sale con él; lo ha dividido en pequeños tejos, como monedas. Va vestido como los pobrecitos indios y lleva un saquillo con sus tejos... Ya entró a la casa de otros indios... Ha tomado un... un... volante se llama, y está haciendo moneda... de oro... no es oro... es la mezcla que antes ha fundido...

—¡Monedero falso!, murmuró “El Tigre”, y luego añadió:

—¿Pero ahora dónde está? búscalo bien.

—¿Ahora, en este momento?

—Sí, porque antes me has dicho lo que hacía en otros días, cuando se fue de acá.

—Cuando lo llevaron.

—Es verdad, cuando lo llevaron; pero eso pasó hace muchos meses; dime ahora dónde se halla y qué hace.

—Espera, voy a buscarlo.

Permanecieron en silencio un gran rato.

—¡Qué tarde tan plácida!, exclamó después la joven con una voz tan suavemente articulada que apenas pudo “El Otomí” descifrar las palabras siguiendo el movimiento de los labios.

Creyendo el padre que había despertado, le preguntó:

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo?

La joven continuó:

—¡Allí! ¡Allí le veo!... Entra ahora a la sombra que arroja una montaña, pero no va solo...

—¿Quién?, preguntó suavemente “El Otomí”.

—¿Qué no lo ves? ¿No le conoces? Es Fernando: siempre que quiero le encuentro, le veo; sólo que no puede hablarme.

—¿Y no va solo?

—No.

—Has por ver con quién se acompaña.

María comenzó a dar señales de que sufría, su respiración era muy fatigosa, y varios sacudimientos nerviosos indicaban su malestar.

—¿Con quién va Fernando?

—¡Cállate! ¡Cállate! va con una mujer... no te oiga.

—¿Qué señas tiene esa mujer?

—Es alta, rubia, lleva el pelo corto y ensortijado, como de niño, vestida de amarillo... ¡Qué linda es!

Los ojos del bandido perdieron la pasajera bondad que antes habían tomado, preguntándose en voz baja:

—¿Qué, vivirá ese hombre? ¿Se habrá escapado de la cueva?... Entonces todavía es posible la felicidad de mi hija.

—Se han quedado solos Fernando y esa niña... ella se ha sentado bajo de un árbol... se ven muy tiernamente... Mira, mira... ¡Ah!...

Un terrible grito dado por la sonámbula, seguido de copioso llanto hizo que “El Otomí” no pusiese ya límites a su furor. Tomó a su hija en brazos, la llevó a su lecho, y llamó apresuradamente a sus compañeros “El Coyote” y “El Gachupín”.

—Sí; le mataré, decía mientras que ensillaba su caballo; supuesto que ha robado la paz de mi hija... ¿pero dónde voy? Sólo que ella pudiese decirme... Parece que tiene la facultad de ver muy lejos.

“El Otomí” volvió al lecho de su hija y la encontró todavía llorando y sin despertar.

—Dime María, ¿dónde está Fernando?

María se incorporó súbitamente, y pasándose las manos por la frente, haciendo esfuerzo por despertar, contestó:

—¿Quién me habla? ¿Qué me quieren?

—Te habías dormido, y hablabas cosas muy extrañas... decías...

—¿Qué decía yo? Dime padre mío lo que decía.

—Decías que en un pueblo lejano, a la sombra de unos altos montes, y debajo de un árbol estaban unos conocidos...

—Pues de nada me acuerdo...

—Tú llorabas.

—¿Yo?

—Sí, mira cómo has dejado la almohada.

—Está empapada; yo no sé cómo haya podido ser ello, porque mi sueño ha sido tranquilo y profundo.

—¿De nada te acuerdas?

—Absolutamente de nada si no es de que antes nos hallábamos en el mirador de los arcoiris, y sin saber cómo me hallo en mi cama.

—Te traje en mis brazos porque empezabas a dormirte. Adiós hija mía; nos vamos en este momento.



—¿Tan tarde?

—Sí.

—¿A dónde?

—A mi vuelta te lo diré. Entretanto no te aflijas, pues tu padre vela por tu felicidad. Abrázame.

María estrechó en sus brazos al “Otomí”, y éste salió de la casita acompañado del “Gachupín” y del “Coyote”.



5. LA VENTA Y EL TIANGUIS

En el camino los tres bandidos tuvieron la siguiente conversación, que a veces era interrumpida al pasar por un precipicio, o cuando percibían algún rumor.

—Te acuerdas “Gachupín”, de aquel viajero que llevaste a la gruta?, dijo el capitán.

—Yo no lo llevé, fue Juan.

—Los dos fuimos; contestó éste con rapidez.

—Sí, dijo el capitán, ya me acuerdo que los dos fueron, pero esto ahora no importa. Lo que yo quería decir a ustedes es que el hombre que llevaron a la gruta, parece que anda por el mundo.

—¡Ave María purísima!, exclamó “El Coyote” santiguándose; yo siempre había dicho que algunos muertos vuelven ¿no es verdad “Gachupín”?

—¡Hum!, contestó éste, que parecía caminar de mal humor o que le desagradaba mucho la plática.

—¿Empiezas con tus supersticiones Juan?, preguntó “El Otomí”.

—No, mi capitán; pero esto de que ande por esos mundos de Dios un hombre a quien “El Gachupín” y yo hemos dejado en la terrible gruta de Cacahuamilpa, es cosa que hace *escarapelar* el cuerpo.

—No es necesario creer que sea alma de la otra vida que haya vuelto a penar; bastaría que ustedes no hubiesen llevado muy adentro al viajero, y que haya despertado a poco rato, logrando dar con la salida.

Ninguno de los que acompañaba al capitán contestó cosa alguna.

—Verdaderamente es una gran fortuna que ese hombre viva, si es que conforme me han asegurado está por no sé qué pueblo, creo que no muy distante, porque lo necesito mucho.

—¿Lo necesitas?, preguntó “El Gachupín” que hasta entonces se había mostrado taciturno.

El capitán contestó en otomí explicándole al “Gachupín” todo lo que había observado en María, y las revelaciones que había logrado tener en la tarde. Juan “El Coyote” se picaba siempre de que sus com-

pañeros hablasen en un lenguaje que no comprendía; pero en esta vez se sentía tranquilizado de haber salido bien de un lance cuyas consecuencias hubieran podido ser muy graves si en lugar de necesitar “El Tigre” a su víctima viva la hubiese necesitado muerta.

—¿Y en qué pueblo dicen que está ese hombre?, preguntó Juan cuando los vio callados; yo deseaba probar si como ha sabido librarse de la gruta sabe evitar mi sable.

—¡Líbrete Dios de tocarlo en caso que lo encuentres!

—¡Cómo! pues antes...

—Antes no te importaba lo que yo hacía, ni ahora tampoco.

Juan se mordió los labios de cólera, sin que nadie viese aquel gesto, porque había desaparecido la luz del día. Los bandidos caminaron gran parte de la noche hasta una ventecilla conocida cerca del pueblo de Ocuilam, en la que descansaron.

El ventero, que era compadre del “Tigre”, se levantó a abrirles la puerta luego que conoció la voz de aquél, encendió vela y les ofreció pan, aguardiente y queso. “El Otomí” sólo tomó el queso y el pan.

En seguida le preguntó el ventero:

—¿Y ahora para dónde compadrito?, mas observando que éste recibía con disgusto la pregunta, se apresuró a añadir:

—Ahora hay mucha gente de México en Tenancingo que ha venido huyendo de los americanos.

El capitán permaneció taciturno aunque por distinto motivo del que antes había originado el que le frunciere las cejas al compadre. La indicación casual del ventero lo había alumbrado, presintiendo súbitamente que en Tenancingo estuviera Fernando, que era el objeto de su viaje.

—Tío Lito, éste era el nombre del ventero, y al dárselo olvidó “El Otomí” su parentesco espiritual con aquel hombre; ¿no podrá ir usted mañana a Malinalco.

—Ya sabe usted compadrito, que nunca digo no.

—Pues yo deseo que vaya usted a comprar las mejores limas que pueda encontrar para que yo lleve carguita a Tenancingo.

—¿Usted?

—Sí, pero que sean de la mejor clase.

—De eso pierda usted cuidado: en la huerta de otro compadre que tengo, hay unos palos reservados de los que solamente se lleva la fruta de regalo para México, eso sí, pagándole bien.

—No importa; procure usted únicamente que las limas estén recogidas mañana mismo, ¿no es sábado?



—Sí, compadrito.

—Pues cosa de las cuatro o cinco de la tarde iremos a alcanzar a usted arriba de la cuesta, y allí sin mucho hablar nos pasará usted la carga. Compre usted también una de buen frijol.

—Pero no tengo bestias.

—Lleve usted nuestros caballos.

—¿Sabrán de carga?

—Sabén de todo. En el mío pone usted las limas y en cada uno de los otros un tercio de frijol. Que acompañe a usted “El Gachupín”; él lleva dinero para lo que se necesite.

—Según entiendo, ¿usted quiere ir al tianguis de Tenancingo?

—Precisamente.

—Pero pueden conocer a usted.

—No: con un sombrero de palma, de ala muy ancha, y con un pañito en la cara no dejaré a los curiosos más que un ojo y la boca, y para eso sé hacer un gesto de insultado que les dará compasión el considerarme. Vea usted.

El capitán hizo un magnífico gesto de insultado torciendo la boca, apachurrando un ojo y desfigurado de tal modo la cara que el ventero le dijo:

—Pues ni yo que conozco a usted hace tantos años podría decir a quién pertenece esa cara plegada ¿Y puede usted sostener ese gesto por mucho tiempo?

—Por horas enteras: y además como soy cojo cuando quiero, vea usted.

—¡Excelente cojo! nadie conocerá a usted.

Durante esta conversación “El Gachupín” y Juan habían apurado los vasos de aguardiente que tenían delante, y dormían profundamente, apoyando la cabeza sobre una mesita en que los pasajeros que siguen el camino de Chalma a Ocuilam solían tomar algún refrigerio. El capitán, después de haber tomado el pan y el queso, imitó a sus compañeros y se puso a dormir sobre los brazos, que recargó en la mesita. Al día siguiente el ventero bajó a Malinalco a disponer las cargas, y “El Otomí” con “El Coyote” se metió en el monte, yendo después a la cuesta de dicho pueblo a recibir las cargas.

El día del tianguis es en los pueblos el término a que se dirigen todas las actividades, el objeto de muchos esfuerzos. Es la ocasión en que los más pobres acuden temprano a la misa para salir después a la plaza, a fin de cambiar sus producciones y emplear en los objetos más necesarios a la vida, el alcance líquido de su trabajo semanal. En un

pueblo tan industrial como fue Tenancingo, al menos en la época a que nos referimos, la animación era mucho mayor, porque no había familia por humilde que fuera que no tuviese un rebozo, o un ceñidor que vender, y como no faltaban tampoco compradores de lejanas tierras, que venían a hacer acopio de tales productos, la actividad comercial tenía en ese día una regular importancia.

Tal espectáculo era de un atractivo particular, tanto por la multitud de producción naturales que en el tianguis se ofrecían, como por la concurrencia de todas las familias que iban a hacer su provisión. Las que se habían refugiado en dicho pueblo en el año de 1810, salían a pasear y a comprar en el tianguis, y esto era precisamente lo que había calculado “El Otomí”, esperando que si Fernando estaba en ese pueblo saldría a dicho paseo probablemente con su familia, lo que no podía averiguar tan fácilmente por otros medios sin infundir sospechas.

Instalado como uno de tantos vendedores de limas, llamaba la atención “El Otomí” de las gentes por lo muy grande de ellas, y por lo caro que las vendía, de manera que tenía muy poca salida y muchos elogios por la calidad de su mercancía. En frente de él se había colocado Juan “El Coyote” con su frijol, que se expendía con menos dificultad. “El Gachupín” se había quedado en la posada para cuidar de los caballos, y de vez en cuando venía a divisar a sus compañeros, que con la mayor tranquilidad del mundo hacían de comerciantes.

“El Otomí”, poniendo un desagradable gesto, como de persona que padece insulto, examinaba a todas las familias que después de salir de misa paseaban por la plaza, pero sin haber reconocido en toda la mañana lo que buscaba. Cansado de sufrir el sol y de sostener su gesto, estaba a punto de dejar la empresa cuando divisó una joven elegante que traía un vestido amarillo y que daba el brazo a un hombre alto y delgado cuyas facciones creyó reconocer inmediatamente; en pos de esta pareja venía otra que parecía ser de la misma familia, compuesta de una joven fresca, baja de cuerpo, muy salerosa, que daba el brazo a un personaje muy repugnante, gordo, pálido, que se limpiaba el sudor de la calva, y se componía unos anteojos azules; finalmente otros dos caballeros, el uno de barba muy negra y otro de barba amarilla cerraban la marcha. Todo esto fue observado por el bandido con la rapidez del relámpago: sacó las más grandes limas que tenía apartadas y poniéndolas en una jícara se las ofreció al pasar a la joven del túnico amarillo.

—¿Son toronjas?, preguntó ésta con una voz vibrante.



—No, mi ama, son limas de Malinalco; respondió el bandido con voz balbuciente por su aparente enfermedad.

—Mira, Clara ¡qué hermosas limas!, dijo la misma señorita.

—Son muy grandes Rosita, contestó ésta.

—Y muy dulces, añadió el bandido, presentándole a la que se llamaba Clara la jícara, con objeto de ver mejor al caballero que traía del brazo a la primera joven, porque en aquel momento estaba tras de la segunda.

—Después mandaremos por ellas, dijo ésta.

—Pueden acabarse, observó el caballero, sin notar la mirada atenta que le dirigía el vendedor; y si a usted le parece, Rosita, las tomaremos todas para mandar algunas de regalo a México, pues aunque nunca falta allí la mejor fruta, será bueno probar a nuestros amigos que no los olvidamos. ¿Cuánto quieres por toda la carga?

El bandido sintió un estremecimiento al oírse llamar así, con esta especie de confianza despreciativa, pero disimuló, hizo lo mejor que pudo su gesto y contestó:

—Tres pesos, mi amo.

—Es cara, pero la tomo; tráela.

—Éste es el del oro, dijo para sí “El Otomí”; y comenzó a recoger su puesto, a cuyo efecto salió cojeando a llamar a su compañero “El Gachupín”, que en aquel momento se hallaba a pocos pasos, a quien por precaución no quiso llamar en voz alta, no pareciéndole fuera de propósito mostrar que estaba impedido.

—¡Pobrecito!, dijeron a una voz las señoras, ¡está cojo! y el que acompañaba a la baja de cuerpo sacando dinero de la bolsa le dio al “Otomí”, con grande ostentación, un par de pesos.

—¿Qué su mercé paga?, contestó éste encarándose con el calvo.

—No, pero te doy ese auxilio al verte impedido.

—Yo no pido limosna respondió “El Otomí” haciendo un gesto verdaderamente horroroso y tirando al suelo aquel dinero.

Nuestros lectores comprenderán que esta acción, aunque algo inesperada, porque es muy raro que un pobre desprecie así una dádiva, agradó a Rosita y a Clara, que deseaban ver humillado a don Justo Amable, que era el personaje que hipócritamente había logrado introducirse en la casa de Roldán. Al salir de misa las jóvenes, había ofrecido el brazo a Rosita, quien lo despreció abiertamente, y entonces Clara lo había tomado para evitar el escándalo. Roldán venía disgustado de tal compañía, apretando los dientes, y aplaudió secretamente el orgullo del vendedor

de limas: Walker vio todo aquello con su habitual indiferencia. Fernando, que era el que traía del brazo a Rosita, se ocupaba de escoger para ésta la mejor lima, cuando oyó el ruido que hizo el dinero al caer por el suelo.

—¿Qué es eso?, preguntó.

—Este hombre que se da por ofendido de que le regale, dice que no pide limosna, contestó don Justo, mirando con dolor su dinero que por vanidad ya no podía recoger.

Pedro “El Otomí” se ocupaba de levantar su puesto con su compañero, para no entrar en más cuestiones, y sólo pudo oír que Fernando contestaba:

—Si este buen hombre trabaja estando impedido, será porque no quiere que lo humillen con socorros que no pide.

—¿A dónde hemos de llevar la carga mi amo?, preguntó “El Otomí”.

—A la calle de las Dalias, junto a la aduana.

—”El Gachupín” se echó a cuestras el tercio y “El Otomí” lo siguió cojeando, apoyándose a veces en una muletila.

Rosita y Clara, después de haber dado unas vueltas por la plaza, volvieron a la casa donde esperaba ya “El Otomí”, quien al ver llegar a la primera dijo exhalando un suspiro, como su hija había dicho en el sueño, ¡qué linda es!

El bandido entregó la mercancía sin quitarse el enorme sombrero que tenía puesto, y recibió su dinero sonándolo primero en el suelo, como persona muy desconfiada.

—¿No conoces hombre alguno que quisiera llevar a México estas limas?, le preguntó Fernando.

—Sí, mi amo; puede ir mi compadre, el mismo que las ha traído de la plaza; es persona muy segura, yo respondo por él.

—Pues que venga esta noche por una carta.

—Si mi amo nos diera licencia...

—¿De qué?

—De traer aquí nuestros animalitos.

—Sí, hombre, tráelos, y dile a tu compadre que saldrá temprano.

—Muy bien, mi amo.

—Fernando se quedó considerando el singular orgullo de aquel hombre casi impedido, que despreciaba dos pesos dados por un desconocido y pedía favor para sus animales.

Después de un rato vio que entró el compadre del cojo, trayendo tres caballos flacones pero no despreciables y en pos de ellos venía éste apoyándose en su muleta.



6. LOS ENEMIGOS

El maquinista había llegado a una situación tan llena de satisfacciones que muchos llamarían envidiable. Había favorecido poderosamente el establecimiento de la Nueva Filadelfia, supliendo una fuerte cantidad perdida en la quiebra del comerciante que debía pagar las letras de fray Evaristo, y también había remitido un regular subsidio para que empezase a plantearse una segunda asociación. El recuerdo de haber salvado a Antonia y sus hermanitos lo llenaba de gusto; y no menos la consideración de que Roldán y Clara serían felices, al menos cuanto en esta pícara tierra puede serlo una pareja en que el hombre pone el dinero y el amor y la mujer el buen humor que dimana casi siempre del bienestar. Fernando además de esto se sentía orgulloso de su conducta hacia Rosita, porque sin abatirla y sin humillarse él mismo, pues que las manifestaciones de rendido amor no tienen este nombre sino lo que degrada el carácter, había alcanzado el ser sinceramente amado; y decimos sinceramente, porque a los ojos de Rosita no había dejado de ser el pobre maquinista que por sus economías lograba algún desahogo, gracias al exquisito carácter que aquél había tenido de no determinar por sí mismo nada de importancia en la casa de Roldán, de manera que todo partía de éste, quien llevaba por tanto los honores de la amplia liberalidad con que se trataba la familia.

Esta situación tan ventajosa de Fernando tenía algunos enemigos ocultos que trabajaban decididamente por cambiarla, y eran, “El Otomí”, que venía a cometer un plagio, don Justo Amable, que preparaba hipócritamente un rapto, con suavidad, sin escándalo, sin comprometerse, y Walker que estaba a punto de consumir un plan hacia mucho tiempo concebido, y que se reducía a estafar alguna fuerte cantidad al maquinista para marcharse con ella a su patria.

Desde la visita matinal y diabólica de don Justo Amable en que había librado todo el éxito de sus pretensiones amorosas a las terribles necesidades que experimentaba Rosita, y cuando supo que los dos

meses de la casa y de la pensión de los padres de Clara se habían pagado, todos sus planes habían venido a tierra, y conoció a pesar de su colosal vanidad que estaba en completo ridículo. Empezar inmediatamente el ataque bajo cualquiera otra forma era un absurdo; así es que esperó al tiempo para que ofreciese una coyuntura favorable. Tuvo don Justo facilidad de indagar de dónde había venido a la familia, al menos en lo ostensible, la comodidad que experimentó luego que se presentó como novio Roldán, a quien suscitó algunas dificultades respecto a la casa, porque también era de convento la en que estaba “La Estrella del Sur”, pero sus malos oficios se nulificaron ante otro poder superior que era el de Fernando, a quien el mayordomo de dicha casa tenía porqué considerar. Tuvo pues que acallar su rabiosa concupiscencia, y los gritos de su vanidad ofendida, quedando vivos y excitados los resortes de su carácter, aunque comprimidos por efecto de su misma necesidad.

Luego que supo la partida de la familia para Tianguistengo, se alarmó sospechando que en tales paseos mediaba alguna otra persona de mayor importancia que el dueño de la tienda de “La Estrella del Sur” quien, según supo, iba a casarse con Clara; emprendió el viaje para Tianguistengo pero llegó tarde, pues recogió únicamente la noticia de que se había verificado un matrimonio muy rumboso en Almoloyita, y que los novios se habían marchado a Tenancingo. No pudo don Justo emprender inmediatamente para allá el viaje, tuvo que regresar a México para arreglar varios negocios urgentes de la mayordomía, y después de algunos días llegó a dicho pueblo, en donde fue fácil hacer una indagación algo semejante a la del “Otomí”, aunque en distinto teatro, porque todo su trabajo fue asistir a la misa llamada de *renovación*, a la que concurren *de rigor* las familias notables de la población, y después de reconocer en el templo a Clara y a Rosita, procuró ser presentado en casa de don Fausto Roldán.

Don Justo y Walker se entendieron muy fácilmente desde la primera vez que se vieron en la casa de Roldán, porque cuando fue presentado Amable procuró sondear diestramente a las personas que no conocía y desde luego no pudo hallar eco ni en Fernando, a quien instintivamente repugnaban los santurriones, ni en Roldán, que hallándose en la luna de miel se encelaba hasta de su sombra, y miraba con enojo las confianzas que pretendía tomarse don Justo para darse el aire de antiguo conocido. Sonriéndole a todo el mundo don Justo solamente halló propicio al yanqui, sea porque éste recibía de todos malas mira-



das, o lo que es más probable, porque los perversos se conocen y se atraen mutuamente aun sin hablarse.

Al día siguiente de la llegada de Walker a Tenancingo pasó con su acostumbrada impavidez a la casa donde estaba hospedado don Justo con objeto de visitarlo, pues desde la noche anterior se habían citado; a uno y otro importaba obrar con rapidez y con el mayor secreto, así es que ambos deseaban abordar pronto su respectiva cuestión. El americano era profundamente observativo y astuto, y no se lo había escapado ninguno de los movimientos del mayordomo, y lo que es más, había percibido cuanto éste se atrevió a decirle a Rosita, cuando por la atención debida a la concurrencia se separaba de ella Fernando; decimos que había percibido la plática, porque comprendía ya regularmente el castellano fingiendo que nada alcanzaba.

—Rosita, me ha tratado usted muy duramente en nuestra última conferencia, le decía don Justo.

—Pero la ha olvidado usted muy pronto.

—Al contrario, la tengo constantemente en la memoria.

—Pues entonces debe usted recordar que le advertí desde entonces, y desde mucho antes, que se abstuviese de toda confianza hacia mí; si a esto quisiera usted unir la amabilidad de no visitarnos, habría usted encontrado el medio de serme verdaderamente agradable.

—¿Piensa usted señorita que, al seguirla desde México hasta este pueblo será para no ver a usted, y que cuando logro estar cerca de usted no le hable de este amor tan terrible que amenaza causarnos a usted y a mi infinitos males?

—¿A mí, por qué?

—Porque he resuelto que ha de ser usted mía, por bien o por mal...

—Pero, teniendo yo la resolución contraria...

—Vencerá el más fuerte.

—Otras veces ha llegado usted a infundirme algún miedo señor don Justo, contestó Rosita sonriendo con malignidad; tenía usted trazas de terrible seductor con aquello de la gran casa, del teatro, del coche y del paseo a Chapultepec; eran éstos unos resortes que daban idea de que usted puede mucho; pero cuando hemos tenido que pagar la miserable renta de la casucha que usted dizque nos regalaba, hemos conocido Clara y yo que era todo ello una purísima y vana ostentación, como lo de las casullas viejas que ha regalado usted a la parroquia de este pueblo en señal de los dotes que ha prometido en favor de huérfanas pobres a quienes usted tanto ama.

Fernando había interrumpido con su presencia la continuación de esta conversación sarcástica, y don Justo componiendo su cara desencajada ya por la más violenta cólera había dicho a éste:

—La señorita, de quien tenía ya el honor de ser conocido, puedo decir amigo, va a acompañarme a fundar en este pueblo la congregación de la vela perpetua; es una devoción que hace pocos años se ha establecido en México y que ciertamente le hará mucho honor a Rosita.

Después no se le había presentado ocasión favorable a don Justo para poder hablar a ésta, y se había ocupado de atraerse al yanqui, mientras que los concurrentes a la tertulia cantaban o se divertían en juegos de prendas.

Por esos antecedentes se comprenderá que el anuncio de la visita del americano fue recibido por el beato con el mismo júbilo que si hubiese ganado indulgencia plenaria.

—*Good morning*, dijo el yanqui afectando no saber nada de nuestro idioma, al entrar a la pieza en que se hallaba el beato y de la cual no había salido, porque estaba rematado del reumatismo con la desvelada que había sufrido, que para él había sido de toda la noche porque la había pasado revolviéndose sobre su lecho y cavilando el modo de robar a Rosita sin escándalo.

—Muy buenos días, mi querido señor; ¿cómo me dijo usted anoche que se llamaba?

—William Walker.

—Hablemos como buenos amigos y sobre todo en lengua de cristianos: ¿William es Guillermo?

—*Yes*, contestó el americano con dureza.

—Le prevengo a usted que nada sé del inglés con que así hablemos en castellano lo que usted pueda; y ya he dicho a usted como buenos amigos.

El yanqui se sonrió de un modo imperceptible para cualquiera otro que no fuese el mayordomo, que oculto entre sus anteojos atisbaba todos los movimientos de su interlocutor. El mismo, observando que nada hablaba éste y que escudriñaba todo, le dijo:

—¿De dónde es usted?

—Boston.

—¿Dónde queda eso?

—Massachussetts.

El santurrón hizo un gesto.

—Tres mil *dollars* para volver a Massachussetts...

El yanqui vio con suma desconfianza a su interlocutor como si le hubiera sorprendido algún secreto pensamiento.

—Sí, tres mil *dollars* daría yo...

—¿Por qué?, preguntó en buen castellano el yanqui.

—Por una persona.

El yanqui hizo un recuerdo, y maliciosamente soltó una palabra al oído del santurrón diciéndole:

—¡Rosita!

El santurrón a pesar de su palidez se volvió rojo. Los dos sabían ya a qué atenerse uno respecto del otro; el yanqui buscaba una fortuna, el beato una mujer.

—Pero es el caso, añadió luego que se repuso este último, que daría esa suma en Toluca, por ejemplo, después que me fuese entregada la prenda.

—¿Garantía?

—Mi palabra.

—El yanqui se sonrió.

—Una libranza.

—Pues dando y dando.

—¿En dónde?

—En Toluca.

—¿Cómo?

—Fácilmente; usted tiene amigos americanos en la guarnición que hay ahora en esa ciudad.

—Sí.

—Que pueden hacer prender a don Fausto y a su esposa porque protegen por ejemplo la fuga de los voluntarios a Querétaro. Una vez presos estos dos se lleva a esa otra persona de quien hemos hablado al lugar que yo diga, donde se entregarán los tres mil *dollars*.

—Sería preciso aguardar que volviese la familia a México, y a su paso por Toluca...

—Podemos hacer que se vayan mañana.

—¿De qué modo?

—Acusando a ese señor que ha llegado con usted ayer por cualquier cosa; yo tengo grande influencia con las autoridades de esta población, y callarán mi nombre, o mejor, emplearé otra persona para que lo denuncie, verbigracia por monedero falso; aprehendido el que me parece el más temible de la familia, ésta se volverá a México inmediatamente. Si usted, que es su amigo íntimo, dice eso de parte del preso.

- ¿Quién se encarga de la acusación?
- Yo, dijo el beato.
- Convenido.
- Convenido.
- ¿A qué hora será el golpe de la justicia?
- Cosa de las ocho de la noche.
- ¿Hoy?
- No, mañana, que han de dar un baile.

Walker se despidió para ir a combinar sus planes personales. Su pertinacia en seguir por todas partes a Fernando tenía por objeto el aparentar que llevaba con él relaciones de intimidad, y al haber depositado en poder de don Abundio el oro que dijo había ganado en el juego, y que provenía realmente de la venta de algunas de las alhajas de Rosita, quiso mostrar que no era la necesidad de recibir algún favor sino una especie de respetuosa simpatía que le acercaba al maquinista.

Se había dado maña para conocer la letra y firma de éste ofreciéndosele en una ocasión para dejar en la casa de correos unas cartas interesantes, las que había retenido. Estando lejos de México el maquinista le era fácil a Walker llenar unas libranzas contra don Abundio Torres y contra doña Antonia Henkel, en cuyas casas sospechaba el yanqui que tenía dinero Fernando y que no sería desairada la firma. Tal proyecto recibía una casi seguridad si la acusación de don Justo Amable surtía todo el efecto que era de esperarse porque, detenido Fernando por algunos días en Tenancingo, podría el yanqui en calidad de amigo íntimo ir a México e indicar secretamente a don Abundio y a Antonia que las sumas de que hablaban las letras tenían por objeto la libertad del maquinista. De esta manera el proyecto de aprisionar a Roldán y a su esposa para entregar a Rosita en manos del beato era verdaderamente complementario del suyo, porque además de los tres mil *dollars* prometidos por el mayordomo, los cuales llegado el caso podrían hasta duplicarse con sólo no largar la prenda, el tener a buen recaudo a las personas que podrían contrariar su robo era una precaución importante.

Si a estas maquinaciones se agregan las del “Otomí”, se comprenderá que la situación de Fernando y Rosita estaba seriamente comprometida.



7. LA ÚLTIMA CARTA DEL PADRE DON LUIS

Mucha animación había en la casa de don Fausto Roldán cuando se acercaba la noche de aquel día en que le hemos visto acompañar a Fernando en su paseo al tianguis. La sala estaba alfombrada, las paredes recibían cuadros y arandelas,⁸ y la techumbre soportaba por la primera vez el peso de un candil. Por un lado salían los que iban a contratar la música, por otro los encargados de convidar a las familias que debían asistir a la velada a la que, por indicación de Rosita, no fue invitado don Justo Amable. Todo anunciaba que se disfrutaría de una sencilla diversión sin etiqueta, y consiguientemente sin disgustos, cuando un correo que venía desde México con gran velocidad le entregó a Fernando una carta de don Abundio en el que le significaba que, por saber la urgencia de la que le remitía el padre don Luis, había puesto aquel propio. Esta carta, que inmediatamente abrió el maquinista, decía así:

Señor don Fernando Henkel
Guadalajara, abril de 1848

Hermano mío, predilecto:

Todas las calamidades juntas han venido sobre mí, ¡bendito sea el Señor!

Salí de la Nueva Filadelfia hace tres días, y quiso el Todopoderoso que entonces llegase una comisión armada a llevar gente de leva por orden del comandante de Sayula. De pronto la comisión entró sin resistencia, pero cuando los colonos comenzaron a observar que la comisión escogía a su placer a los de mejor cuerpo y los apartaba, se fueron retirando para sus habitaciones en el mayor silencio. Los que habían sido aprehendidos creyeron al principio que sus compañeros los abandonaban y marchaban ya sin saber a dónde; pero cuando vieron que querían amarrarlos como si fueran criminales, corrieron también a sus habitaciones, perseguidos sable

⁸ Golondrina (DRAE).



en mano por los de la comisión. Esta fue señal para que los que tenían rifles saliesen a contener a los soldados, a quienes sin causar desgracia alguna redujeron y desarmaron. Yo volví a la casa al oír las campanas que llamaban al refectorio, y muy quitado de la pena entré a comer, cuando me dieron parte los capitanes de lo que habían hecho, llevándome a un taller donde habían puesto a los prisioneros.

Inmediatamente conocí que nos amenazaban serias dificultades; pero nunca me figuré que serían tan terribles como después se presentaron. Invité a los soldados para que comiesen con nosotros en el refectorio, así lo verificaron de buena voluntad, al menos en la apariencia; hice que les volvieran sus armas, y al despedirme del que venía haciendo de jefe le dije que para evitar lances como el que acababa de pasar, había yo convenido con el ayuntamiento de Atoyac que siempre que se pidiesen reemplazos, nosotros contribuiríamos con el dinero necesario para pagar a los que fuesen a cubrir los lugares que nos tocasen. El oficial dijo que daría parte al comandante, y yo quedé con mucha ansiedad.

Al día siguiente no quise salir de la casa esperando los resultados; pero pasó la hora de la comida sin nada, y ya empezaba a creer que no habría otras consecuencias, cuando me avisaron los vigías que se veía venir tropas en dirección de la Nueva Filadelfia. Salí al camino y, efectivamente, vi no sólo que llegaba la tropa, sino que se formaba de una manera amenazante, dividiéndose en cuatro grupos como para embestirnos por las cuatro calzadas que conducen a los edificios centrales. Mandé inmediatamente parlamentarios que preguntasen cuál era el objeto de tan amenazantes disposiciones, y volvieron corriendo a decirme que nos daban cinco minutos para que nos rindiésemos a discreción. Esta noticia produjo un efecto terrible; los trabajadores que en aquella hora por ser de descanso se encontraban en sus habitaciones querían repeler la fuerza con la fuerza; las mujeres, unas lloraban, trayendo a sus hijos junto a mí creyéndolos así fuera de peligro, y otras alentaban a sus padres o hermanos para no dejarse y, todo en resumen, era una horrible confusión. En tal extremo les dije a todos: vámonos para los talleres y allí resolveremos. Como todos me hablaban, y tenía que atender a muchas cosas, no advertí que se pasaban los cinco minutos que habían dado los invasores, y apenas habíamos entrado a los talleres cuando el estallido del cañón anunció que comenzaba el ataque. Todavía en este momento me rogaban los colonos capitaneados por Ulseman que los dejase combatir, pero yo me negué obstinadamente; hice que se juntasen las armas en un rincón, y que cada uno fuese a su puesto, como si se tratara de un día enteramente pacífico.

Como debes suponer pronto tuvimos sobre nosotros a los soldados, que entraron echando horribles blasfemias, disparando sus armas a quemarropa contra los inermes colonos, saqueándolo y quemándolo todo. Yo no puedo describirte lo que pasó en este terrible momento; sólo me acuerdo de que al ver entregada a las llamas la obra que tan ímprobo trabajo nos ha costado, y huyendo como rebaño que persigue el lobo a mis queridos colonos, me precipité hacia el lado en que me pareció que venía el jefe, corriendo innumerables peligros para pedirle piedad para tantas inocentes familias.

En la cara de este hombre a quien de pronto no conocí, se miraba una diabólica satisfacción, que parece se aumentó cuando me vio cerca de sí. También me pareció que estaba ebrio.

De allí fui conducido a Sayula con otros treinta y tantos colonos que no quisieron huir, y después nos han traído pie a tierra a esta capital. En los periódicos ha aparecido el siguiente parte de la acción, que copio para comprendas de qué modo procuran cubrir los comandantes militares y los jefes de tropa sus depredaciones, porque debes saber que lo primero que se perdió fue una considerable suma de dinero que teníamos depositada para ocurrir a los grandes gastos del año.

Dicho parte es así:

Comandancia principal de Sayula. Excelentísimo señor. Como dije a vuestra excelencia en mi comunicación anterior el enemigo se posesionó de una hacienda que dista como dos leguas del pueblo de Atoyac, y fuerte por su número que era décuplo⁹ del nuestro y por sus posiciones, se atrevió a desafiar la nunca desmentida bravura de los leales, que tengo la honra de mandar.

Pero tomando mis disposiciones, y después de dirigir a mis valientes la alocución que respetuosamente remito a esa superioridad, la cual según advertí les aumentó su natural decisión y denuedo, emprendimos el asalto sufriendo un nutrido fuego de fusilería, hasta desalojar a la bayoneta a la fuerza enemiga que en su mayor parte quedó prisionera huyendo el resto, que dejó en nuestro poder un cañón, porción de lanzas, tercerolas¹⁰ y rifles conociéndose por los regueros de sangre que han marcado sus huellas, que llevan no pocos heridos.

No hago especial mención de algunos de mis subordinados porque todos la merecen, cabiéndome satisfacción de que ninguno de ellos haya salido herido de gravedad.

Felicito a vuestra excelencia y a la nación por este nuevo laurel que han alcanzado las tropas leales sobre los facciosos, protestándole mi adhesión y respeto.

“Rancho del Tigre, abril... de 1848.- Arturo María de Montemar.- Excelentísimo señor comandante general de Jalisco”.

⁹ Que contiene un número diez veces exactamente (DRAE).

¹⁰ Arma de fuego usada por la caballería, y es un tercio más corta que la carabina (DRAE).



Este parte —continuaba la carta— ha causado en Guadalajara una gran sensación, porque aunque generalmente no faltan por estos rumbos partidas levantadas en contra del que manda, no se tenía noticia de que anduviese por el cantón de Sayula alguna fuerza pronunciada, ni menos de que ésta fuera capitaneada por un sacerdote, así es que desde que me han conducido preso a la casa del obispo he recibido muchas visitas a quienes he contado la verdad que las ha dejado escandalizadas, por lo que no dudo de que nuestra inocencia prevalezca al fin. Pero no es esto lo que me inquieta y desconsuela, sino la terrible miseria en que estarán nuestros pobres colonos, dispersos muchos de ellos por los campos, aunque sé que otros se han refugiado en la segunda Filadelfia que se estaba ya construyendo, la cual no podrá darles la necesaria subsistencia. ¡Juzga cuál será mi dolor!

No dudo que al recibir estas líneas, que mojo con mis lágrimas, ocurrirás a salvar a tu hermano y, lo que es más importante, a reunir los restos de nuestra asociación.

No dejaré de indicarte al terminar mi luctuosa carta, que en mi prisión me asaltan dos crueles ideas que debilitan mucho mi acongojado espíritu. ¿Te acuerdas que yo fui a arreglar las condiciones de un desafío que te habían propuesto? Pues bien, aunque mi intención fue siempre impedir el que se verificase tal duelo, me parece que Dios me castiga por haber representado un papel indigno de un sacerdote cristiano... La otra duda que me atormenta proviene de que pienso que acaso no he hecho bien en pedir la relajación de mi voto...

No tardes hermano querido, pues la esperanza de verte pronto es la que únicamente me sostiene.

Luis

—¡Pobre hermano mío!, dijo con amarga tristeza Fernando al acabar de leer la precedente carta; la desgracia le trastorna su excelente juicio, porque no estuvo el mal en que interviniese en el desafío con el laudable objeto de impedirlo, sino en que se haya quedado sin castigo ese tigrecito de Montemar.

En cuanto a lo del voto, si el Santo Padre permite se relaje, no hay por qué suponer que la petición hecha con tal objeto pueda ser nunca una cosa mala: pésima es sin duda que, por sí mismos, den nuestros sacerdotes rienda suelta a sus alegrías, y hagan lo contrario de lo que dicen. Pero esto no me toca; allá se las avengan; solamente quisiera yo que supuesto que todos somos flacos, muy flacos, fuesen ellos muy tolerantes.



Inmediatamente escribió el maquinista a su socio don Abundio Torres que marchase a Guadalajara, llevando en libranzas cuanto dinero le fuese posible, y que él llegaría después para reunírsele en el camino con el mismo objeto, que era salvar al padre don Luis de las garras de Montemar, y reunir a los colonos dispersos de la Nueva Filadelfia. Le adjuntó abierta la misma carta que había recibido para que lo sirviese de instrucción, y encargó al correo que procurase llegar a México en la madrugada siguiente caminando toda la noche. El correo partió mudando antes caballo, y Fernando entró a dar sus disposiciones a fin de caminar también en aquella noche y tomar la diligencia en Toluca para llegar horas después que el correo a México, y allanar cualquier inconveniente que se presentase a don Abundio, a efecto de que sin pérdida de tiempo marchase a Guadalajara, lo que el maquinista se proponía hacer a los pocos días, por no estar preparado para semejante viaje.

“El Otomí”, acostado en el corredor, estaba con grande inquietud temiendo que se frustrasen sus intentos; Walker, con igual suspicacia se paseaba por otra parte del mismo corredor sin hacer caso de los que parecía que dormían, y oyó a Fernando prevenir que ensillasen sus caballos; pensó que todo se había descubierto y salió a dar parte de aquella novedad a don Justo.

Rosita, extrañando que Fernando no la buscase, salió a reunírsele, diciéndole en tono de amable reconvencción:

—Muy pronto se ha cansado usted de nuestra compañía, señor Henkel.

—De ninguna manera, Rosita.

—Pues en toda la tarde no ha ido usted por la sala, precisamente cuando todo el mundo dice: “¡quién sabe si le parecerá bien a don Fernando cómo ha quedado el candil! ¡Si estarán bien distribuidas las luces! ¡Si así deseará que se ponga la alfombra!”. No hay cosa como hacerse interesante.

—¡Burlona! ¿Para qué soy yo necesario donde está usted?

—Para que esté yo a gusto.

Muy complacido Fernando por la amabilidad de la joven, tuvo sin embargo necesidad de indicarle la urgencia que tenía de partir en aquella misma noche.

—Voy a decirle a usted Rosita una cosa que me causa gran pena.

—¿Cuál podrá ser?

—Que debo partir esta noche para México.



“El Otomí” que estaba oyendo la conversación se incorporó, y el yanqui acortó su paso, con objeto de percibir algunas palabras.

—¡Esa faltaba!, dijo Rosita, ¿entonces para quién es el baile?

—Para usted, para Clara, para todos los que tengan gusto en bailar...

—Dejémonos de bromas y vamos a ver cómo ha quedado el salón.

—No es broma, Rosita, esta misma noche debo partir.

—¿Y por qué tanta exigencia?

—He recibido esta tarde una carta en que se me avisa que un amigo, el único tal vez que tengo, se halla en un gran peligro en Guadaluajara, y voy a hacer algo por ayudarle.

—¿Entonces el viaje no es sólo para México?

—En la capital me detendré pocos días.

Rosita reflexionó que todavía la perseguía su mala suerte supuesto que no podía decir “yo te acompañaré”, y habiendo detenido el aliento en todo el tiempo que duró aquella divagación, le fue absolutamente necesario dar un largo suspiro. Fernando conmovido no sabía qué decirle.

—Pero ya que es tan necesario ese viaje, añadió la huérfana con tristeza, ya que ni un día más se puede conceder a la amiga, al menos que no sea esta noche la partida.

—Había ya mandado ensillar los caballos.

Rosita no volvió a decir una palabra, y se retiró al poco pretextando un quehacer, dejando a Fernando que luchaba entre el deber de ir a socorrer al amigo y el deseo de complacer a su amada. Haciendo una transacción entre ambos se decidió a permanecer en el baile hasta la media noche, y marchar en seguida a Toluca para tomar de allí la diligencia del día siguiente. Esta resolución lo perdió.



8. LO QUE VALE UNA ROSA

Aún no sonaba el toque de las ánimas, cuando ya los convidados comenzaban a llegar a la sala del baile que extendía a gran distancia sus resplandores y sus ecos armoniosos. *El Vencedor*, rumboso vals dedicado al general Valencia algunos años antes, y que en aquel momento era una desgraciada antítesis, porque recordaba a los mexicanos que por la desobediencia de ese general vinieron los fatales sucesos de Padierna y Churubusco, conmovía deliciosamente la organización delicada de las bellas hijas de Tenancingo, que muy animadas y entusiasmadas dieron luego principio al baile.

“El Otomí” se acercó a una de las vidrieras que caían al corredor; vio que pasaban varios criados, y llamó a uno de éstos diciéndole:

—A mi amo don Fernando dígame que quiere hablarle el de las limas.

—Está ocupado.

—Me dijo que me habría de dar una carta para México; voy a llevar la carga.

El criado llamó a Fernando, que salió en traje de baile, restirándose los guantes.

—Pensaba, le dijo al “Otomí” luego que pudo distinguirlo, que llevaras las limas a México, pero he mudado de parecer.

—¿Por qué mi amo?

—Te las regalo.

—No mi amo, yo no las quiero, lo vendido, vendido; mejor me hiciera su mercé otro favor.

—¿Qué quieres?

—Es reservado...

—Vuelve mañana.

—No mi amo, ya nos vamos; ¿no ve usted que ahí están ya nuestros caballos?

—Pues dime pronto lo que quieres.

Durante este diálogo “El Otomí” había ido reculando con objeto de atraerse a Fernando hacia la parte más oscura del corredor; el maquinista creía que se alejaba en señal de respeto y le iba siguiendo para oírle, pues hablaba muy quedo, especialmente cuando le indicó que era secreto el favor que le podía; pero notando que nada le hablaba presintiendo súbitamente algún mal por la fijeza de la mirada del bandido, que en la oscuridad brillaba como la de los animales feroces, y porque le pareció que no cojeaba ya, lo dijo:

—Pronto, ¿qué quieres?

Por toda respuesta sintió que le oprimían por detrás la garganta de un modo terrible y que le metían la cabeza en un saco rasposo, alzando inmediatamente su cuerpo en el aire. Una voz cavernosa y estridente dijo en seguida de modo que lo oyese Fernando:

—Si grita, le hundes tu daga.

Los caballos de los bandidos fueron saliendo de la casa muy pausadamente conducidos por Juan “El Coyote”, mientras que los dos otomíes cargaban un tercio al parecer inanimado.

Empezaba el baile como hemos dicho por haber mandado avisar el gobernador del estado, que entonces se hallaba en Tenancingo, que no ocurría, cuando se presentaron en el salón varios hombres armados que acompañaban a los ministros de Justicia. Don Justo Amable al hacer su denuncia, por interpósita persona se entiende, había encargado que se aventurase la especie ante el juez, de que en la casa del monedero falso podría encontrarse unos cien mil pesos en oro y algunas barras de plata, magnífico y tentador cuerpo de delito para el juzgado más pacato.¹¹

Los ministriles hicieron cesar el baile en nombre de la ley; los concurrentes se miraban atónitos unos a otros; las señoras comenzaron a pedir sus tápalos, luego que se oyó esta orden imponente:

—¡Preso todo el mundo!

Clara que en lances críticos conservaba alguna sangre fría, se dirigió al ejecutor preguntándole:

—Pero señor, ¿por qué es este atropellamiento en mi casa? Usted ha padecido alguna equivocación; ¿cómo es que viene usted a molestar a estas señoritas?

—¡Por monederas falsas!, contestó con gravedad cómica el esbirro.

¹¹ Tímido, muy pacífico (DRAE).

Una risa general le desconcertó; pero sacando fuerzas de la esperanza que tenía de particular del gran comiso de los cien mil pesos y las barras.

—¡Bien!, dijo, las señoras saldrán, pero los hombres no: buscamos unos monederos falsos, y es forzoso que entre ustedes estén.

—¿Quién de ustedes es don Fernando Henkel?

Ninguno respondió.

Hallándose todos en tal embarazo, porque ni los ministriles sabían a quién debían aprehender, pues sólo estaba denunciado Henkel y no tenían los otros concurrentes licencia de salir, no faltó quien diera la noticia de que habían llegado los del sur y que el pueblo iba a ser quemado, por no haberse pronunciado por la continuación de la guerra contra los americanos, y por haber dado hospitalidad al gobernador del Estado de México don Francisco Modesto Olaguíbel,¹² con quien el general don Juan Álvarez tenía serias desavenencias.¹³

Temiendo por su propia seguridad los que venían a hacer la aprehensión de los monederos falsos desaparecieron como por ensalmo en unión de los concurrentes. Walker que había salido a dar parte de sus primeras observaciones a don Justo; tranquilizado por éste, esperaba con él en una esquina de la calle que se verificase la aprehensión de Fernando, cuando observaron que salía en tropel la gente del baile; se despidió inmediatamente de su cómplice citándose para Toluca, y se fue a decir a Rosita de parte de Fernando que en la misma noche se fuese la familia para dicha ciudad. Tal recado transmitió a Roldán que no las tenía todas consigo, fue inmediatamente creído, y encontrándose los caballos ensillados, salió la familia en unión de Walker creyendo cumplir una prevención de Fernando.

Al pasar por la esquina en que estaba emboscado el mayordomo, vieron un hombre que tosió, respondiendo del mismo modo el americano; pero tal incidente no se juzgó de importancia alguna.

¹² Francisco Modesto de Olaguíbel (1806-1865). Abogado, maestro de historia y periodismo. Gobernador del Estado de México durante la invasión estadounidense. Embajador de México en Francia, procurador general interino (*DEM*).

¹³ Justamente éstas se debían a que Álvarez consideró que Olaguíbel y Arista no hizo frente a los invasores estadounidenses. En el fondo del diferendo subyacía la pretensión del primero de separar el territorio suriano del Estado de México y crear una nueva entidad. En 1849 se fundaría el estado de Guerrero.

Al día siguiente sólo se hablaba en el pueblo de la prisión del gobernador del estado, y de su marcha para el sur,¹⁴ sin que nadie se admirase de la desaparición de la familia de don Fausto Roldán, a quien suponían muy ofendido de la mala pasada que le habían hecho los ministros de la justicia, la cual atribuían a una broma de muy mal gusto, pues nadie podía creer que el juez hubiese llevado a lo serio la denuncia de los monederos falsos.

Don Justo Amable, tomando por pretexto el desorden ocurrido en la noche anterior con la prisión del gobernador, y creyendo que quedaba en la cárcel Fernando, así como lo había creído Walker, salió del pueblo, a pesar de sus reumas, a las cinco de la mañana...

Sería poco más de la media noche cuando los bandidos llegaron a la venta de Ocuilam con Fernando, a quien luego que estuvieron en despoblado lo sacaron del gran costal en que lo habían metido, le quitaron el frac, lo cubrieron con una manga, le pusieron un sombrero de palma que habían comprado, subiéndolo en un caballo que al efecto tenían dispuesto. “El Tigre” le había dicho al comenzar a caminar en esta nueva traza procurando quitar a su voz el acento terrible que involuntariamente tomaba en estas ocasiones:

—¡Mucho silencio! No se trata de hacer a usted mal ninguno; es sólo una cuenta atrasada la que tenemos que arreglar.

“El Gachupín” tomó el ronzal del caballo en que iba Fernando, mientras que “El Coyote” y el capitán le cuidaban la espalda. Así caminaron como por espacio de cuatro horas por entre bosques muy frondosos, alumbrados por los rayos de la luna, que difícilmente penetraban entre las hojas.

El ventero que estaba avisado los esperaba y abrió inmediatamente las puertas de la venta ocultando a los recién llegados. “El Tigre” continuaba haciéndose el amable, y pidió de cenar, ofreciéndole a Fernando que tomara algunas cosas porque tenía que caminar largo. Fernando se negó diciéndole:

—Supongo que se puede hablar.

“El Tigre” inclinó la cabeza como en respuesta que significaba *sí*; sus compañeros y el ventero se retiraron por discreción.

¹⁴ Este suceso es histórico. El padre Alcocer capitaneando una partida de gente armada entró al pueblo de Tenancingo durante la invasión de los americanos, y aprehendió al licenciado Olaguíbel, gobernador del Estado de México, llevándose para Tecala. El padre Alcocer sucumbió atravesando de una bala en un asalto que dio al mismo pueblo tres años después. [Nota del autor.]

—Lo que has hecho conmigo, continuó el maquinista, es infame; has perjudicado a muchas gentes sin necesidad, porque si lo que quieres es dinero, sin venir hasta aquí...

—No lo siento —contestó con aparente tranquilidad el bandido, engullendo un pedazo de queso y mojándose los labios en un vaso de vino que le habían puesto delante, lo mismo que a Fernando—, mi vida es el mal, no me acuerdo haber puesto el pie en alguna parte sin que broten desgracias.

—Pero ¿quién eres tú? ¿Qué quieres de mí?, exclamó Fernando mirando por cierto terror involuntario; esta mañana cojo, paralítico con los ojos torcidos, ahora con apariencias de demonio; verdaderamente no sé si estoy soñando.

—Pues te despertaré, y perdona que te hable de tú; sigo solamente tu ejemplo, porque desde esta mañana al hacer el trato de las limas me *tuteabas* sin pedirme permiso.

En seguida revistiéndose “El Otomí” de esa grave autoridad de un indio que tiene la conciencia de su poder, le preguntó fijándole su fascinadora mirada:

—¿Quieres vivir?

Un silencio de muerte que dejó oír los descomunales ronquidos de los otros bandidos que dormían echados en el suelo, hizo más imponente aquella escena.

—Te pregunto si quieres vivir; respóndeme, y te prevengo que no estoy hecho a demoras.

—Mi vida no es tuya, ¿quién te ha dado poder sobre mí?, dijo Fernando queriendo ponerse en pie.

“El Otomí” le tomó un brazo sujetándolo con mano de fierro y obligándolo a sentarse.

—Ya te he dicho que mi poder viene del mal; pero se me ha metido en la cabeza hacer una cosa buena, y por esto ando descaminado. El demonio que sin duda me guía no sabe de estas cosas.

Después de un cierto intervalo en que Fernando contempló con espanto las facciones del capitán que, por haberse querido sonreír, estaban horriblemente feroces, continuó éste:

—Óyeme y no me precipites a un abismo. Dime, si tuvieras una hija a quien amases como a tus ojos, más hermosa que el sol, y cuya felicidad pesara sobre ti por varios motivos, ¿no se la procurarías aun a costa de tu vida, sin que te detuviera ningún obstáculo, ninguna consideración...? ¿Y si vieras padecer a esta hija idolatrada por la ingrati-

tud de un hombre, que después de infundir en su pecho inocente el amor la olvidara por otra, perdonarías a este hombre...? ¿Y si por razones poderosas, por dificultades invencibles, este hombre fuera el único capaz de hacerla feliz, no lo arrancarías de donde se encontrase, y lo arrastrarías hasta los pies de tu hija adorada, sacrificándolo sin piedad en caso de que se negase a salvar con su ternura el objeto más caro de tu alma? Pues bien, ése que robó la paz del corazón de mi hija eres tú, y serás sacrificado sin misericordia si resistes a lo que voy a mandarte.

Fernando, que no comprendía de qué manera pudiera ser el instrumento de la desgracia de la hija del hombre que le hablaba, le contestó manifestándole una verdadera tranquilidad:

—Aquí hay una equivocación que te perdono con tal de que me dejes volver sin demora a Tenancingo, donde me esperan negocios importantes: yo no conozco a tu hija.

—¡Infame!, gritó “El Otomí” poseído de indecible cólera. Tú has engañado a mi hija, ¡tú! Y dices que no la conoces, ¡Oh, rabia! Y amenazó con los puños a Fernando, que permaneció sentado.

A los gritos que dio el bandido se levantaron asustados sus compañeros y se acercaron al lugar en que estaba su jefe.

—Es en vano que te violentes, repuso Fernando, te repito que no conozco a tu hija, y esta es la verdad; pero aunque la conociera, tengo formados serios compromisos acerca de mi matrimonio, a los que no faltaré de ningún modo.

—¡Amarren a este hombre!, gritó el capitán.

Juan “El Coyote” y “El Gachupín” amarraron fuertemente las manos de Fernando juntándolas por la espalda, a lo que no opuso éste resistencia, porque todavía no se convencía de que le esperaba una gran desgracia.

—¡Por última vez!, dijo el bandido con voz ronca por la cólera, escoge entre mi hija y la muerte.

Fernando no respondió. El capitán le dijo a uño de sus compañeros:

—Dame el frasquito, “Gachupín”.

Éste le presentó un pequeño objeto envuelto en una bolsita de cuero, de donde “El Otomí” sacó un frasquito de cristal, con un líquido amarillento.

—¡Bebe!, le dijo a Fernando.

—¿Que beba?, preguntó éste con indecible angustia, ¡me vas a envenenar! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Qué va a ser de mi hermano Luis y de la pobre Rosita!

—Sí, contestó “El Otomí” con sangrienta ironía, tu camino ha estado sembrado de rosas, y lloras porque has encontrado una espina.

—¡Cobarde! ¿Tanto te espanta la muerte?

Fernando entretanto hacía inauditos esfuerzos para romper sus ligaduras hasta quedar rendido.

—¿Bebes?

—No, es un veneno.

—Pues volvamos a lo del principio: ¿quieres vivir?

—Sí.

—Deja a la Rosa.

—Nunca.

—Pues bebe; es para que duermas y camines sin hacer escándalo; después morirás, pero con una agonía cruel, tendrás sed y no beberás, tendrás hambre y no comerás, solo, entregado a tu desesperación. Ya otra vez te has librado de la gruta en que mandé meterte; sin duda te pusieron muy a la entrada; ahora yo mismo te llevaré, te encenderé lumbre para que cuando despiertes veas, sientas todo el horror que te cerque, y te dejaré hachas para que con ellas te extravíes y te precipites.

—¡Juan! hazle beber por fuerza, me he cansado ya de tanta plática.

Fernando quiso oponer alguna resistencia, pero estaba fuertemente amarrado; cerró los dientes, pero tuvo que separarlos porque el bandido le apretó las narices, y cuando le faltó la respiración, con la primera bocanada de aire entró el licor del frasco que le pareció horriblemente amargo.

Largo tiempo permaneció Pedro “El Otomí” contemplando a su víctima con ojos feroces, cruzados los brazos sobre el pecho, furioso de no haber podido rendir aquella fuerte naturaleza, que únicamente había opuesto una resistencia pasiva.

—¡Acabemos!, gritó, pónganle en el tlapextle¹⁵ y marchemos. Este hombre despertará dentro de unas doce horas y morirá a las treinta.

—¡Compadre!, dijo “El Otomí” al ventero, ¿ya tiene usted los peones?

—Sí, compadre; están esperando allá fuera.

—¿Son seguros?.

¹⁵ Tlapextle. Variación de tapesco. Zarzo o emparrillado tosco de maderos como varas, cañas, carrizos u otates, paralelos y unidos, que sirve como lecho en las casas rústicas, y va entonces sobre cuatro horquetas que le sirven de patas (Santamaría).



—Como yo mismo.

—Pues que entren y carguen a este hombre. ¡Juan! tú por delante; si preguntan en el camino dirás que llevamos un enfermo a Cocoyotla.

Los peones de que hablaba el ventero entraron luego y pusieron en el suelo una especie de parihuela hecha de ramas, cubierta con sábanas, de manera que no podía verse por ningún lado a la víctima que pusieron dentro.

Fernando oyó la última conversación de “El Tigre”, ya metido en el tlapextle, y pocos momentos después sintió que empezaba a caminar. A los primeros balanceos se apoderó de él una basca tenaz que le duró por mucho tiempo, hasta que una pesada nube se puso ante sus ojos, y su inteligencia comenzó a mostrarle sus recuerdos vagos, indecisos, como en el momento en que nos sobrecoge un sueño muy profundo; la imagen de Rosita vino a consolarlo por algún tiempo, la miraba primeramente alegre, rozagante, después triste, vestida de luto, desmenada llorando sobre un féretro, en seguida se apareció un sacerdote que echó sobre el mismo féretro agua bendita; la cara de este sacerdote estaba muy pálida, sus ojos enrojecidos de llorar; creyó haber visto en otra vez sus facciones hermosas, quiso dar un grito, porque reconoció a su hermano Luis; pero seguramente sólo exhaló un quejido, pues que uno de los que cargaban el tlapextle dijo a otro:

—Se va quejando mucho.

—Pues no se ha de quejar, contestó el primero, si es un enfermo de gravedad que llevamos a la hacienda de Cocoyotla.

—¿Has oído cómo se ha vomitado?

En todo el resto del camino no volvió a quejarse el enfermo, pues continuó tan profundamente dormido, que cuando “El Gachupín” en un momento en que se quedó atrás el capitán lo desató, se quedaron los brazos en la misma postura en que habían estado antes como si continuaran ligados.



9. LA GRUTA DE CACAHUAMILPA

Después de nueve o diez horas de camino, es decir como a las ocho de la mañana del siguiente día, llegaron cerca de la hacienda de Cocoyotla los que llevaban al enfermo. Allí despidió el capitán a los cargadores pagándoles liberalmente, e hizo que “El Coyote” y “El Gachupín” llevaran el tlapextle hasta la entrada de la gruta, ayudándoles a veces el mismo “Otomí”, a causa de las dificultades que ofrecía el terreno muy desigual y pedregoso. “El Tigre” entró primero a la boca de la gruta que está sobre unas peñas de difícil acceso, a fin de recibir el cuerpo de Fernando, y se hizo acompañar del “Gachupín” dejando de observación al otro. En el camino había comprado un gran rollo de hachas, y encendieron algunas para penetrar en la cueva, lo que verificaron como hasta trescientos pasos, dejando de trecho en trecho hachas encendidas para que les indicasen la ruta.

—De aquí ya no se volverá a salir, dijo el capitán; antes de dar con el camino se extraviará cien veces; el que no conoce bien esta gruta, de seguro que encuentra en ella su sepulcro, con sólo penetrar unas cien varas. Trae algunos palos “Gachupín”, encenderemos una luminaria.

“El Gachupín” salió a recoger leña muerta, observando bien el camino que le marcaban las hachas encendidas, y al volver con la leña fue dejando caer intencionalmente algunos fragmentos para tener en caso de que se apagasen las hachas, alguna señal que lo guiase.

Encendida la luminaria, dejaron cerca de Fernando el resto de las hachas y se salieron.

Cuando despierte, dijo el capitán a sus compañeros después de salir de la gruta, a la vez que tomaba el camino de su casita, apenas tendrá el tiempo necesario para conocer lo terrible de su situación, vagar sin encontrar la salida y morirá desesperado. Esta muerte causará la de María, y la de María mi condenación, pero él lo ha querido...

Desde aquel momento no volvió a hablar con nadie “El Otomí”, y fue a encerrarse en su oratorio, devorado por un remordimiento que nunca había sentido.

Fernando no tardó mucho en despertar, después que lo abandonó “El Tigre”, que anduvo muy exacto en calcular la hora; en lo que no anduvo atinado fue en juzgar la fuerza del veneno, que apenas pudo causar su efecto soporífico, porque casi en su totalidad fue expelido en los vómitos que, inmediatamente después de tomado, atacaron al paciente.

Éste por un movimiento maquinal, luego que estuvo solo, y que empezó a sentir el calor de la lumbre que le habían puesto en frente, quiso recoger sus piernas que estaban heladas, pero no pudo lograrlo porque experimentó una pesadez invencible en todo el cuerpo; la vida estaba entorpecida en casi todos sus órganos. Después de un breve rato en que el calor fue haciéndose más intenso, logró abrir los ojos, pero tenía las pupilas tan dilatadas, que no pudo percibir con claridad la hoguera que tenía delante y cuyas emanaciones sentía, pues tuvo solamente la impresión vaga de una luz fuerte sin acertar de dónde pudiese venir. Por una singularidad que suelen experimentar los que se envenenan con opio, después de esta ausencia de percepción clara en la retina le vino tal susceptibilidad, que sintiendo dolores muy agudos en los ojos los cerró, y no bastándole la defensa de los párpados, dio sobre sí mismo una vuelta para oponer la espalda a la luz.

Por fortuna el malestar de los ojos duró poco tiempo, pues comenzó a distinguir Fernando con el auxilio de la luz de la hoguera enormes masas blanquecinas que le parecieron como fantasmas presentes a sus funerales. Un dolor agudo como si le perforasen la pierna que tenía debajo, le hizo llevar la mano aunque con entorpecimiento al lugar lastimado, y reconoció confusamente por el tacto una materia dura y húmeda, trajo la mano recorriendo el lugar que lo servía de lecho y halló que estaba acostado sobre una piedra llena de concreciones salientes que le magullaban su carne. Trató entonces de incorporarse, lo que con alguna dificultad y muchos dolores llegó a conseguir. ¿Dónde estoy?, dijo pasándose la mano por la frente como queriendo hacer memoria de lo que lo había acontecido, y fijando su vista debilitada todavía en una enorme masa piramidal, cuya parte superior se perdía entre una muy densa obscuridad. En seguida se puso en pie y aunque con paso vacilante procuró reconocer aquel recinto que le pareció inmenso. ¿Dónde estoy?, volvió a preguntarse; ¿por qué he venido aquí? Y, a cada una de estas preguntas, respondían varios ecos que se iban reproduciendo como si las ondas sonoras recorriesen varios aposentos.

Bajó la cabeza Fernando en actitud de reflexionar, y empezaron a venirle algunos recuerdos. ¡Rosita! ¡Luis! ¿Qué será de ellos? ¡Antonia! ¿Qué harán en mi memoria? Me llorarán y... al cabo del tiempo me olvidarán; esto es lo que se hace con los muertos. ¿Habré llegado ya a la vida de la eternidad? ¡Quién sabe si en los diversos destinos que esperan a los hombres, a mí me ha tocado sufrir alguna extraña transformación en este horroroso lugar antes de pasar al del descanso eterno!

¿Pero dónde estoy? ¿Por dónde dirigiré mis pasos...? Un hombre de aspecto terrible, de mirada espantosa se interpuso en mi camino; sí, lo recuerdo bien, y me hizo beber un veneno... después me he muerto en medio de horribles dolores. Me acuerdo también de que estaba yo atado... ¿Qué haré yo? ¡Me duele tanto la cabeza...! ¿Y todo aquello que me habían enseñado acerca de la otra vida, dónde está? Por todas partes la inmensidad, lo desconocido... Si volviera a ver a las personas que he amado les diría que la otra vida es una inmensa oscuridad, a no ser que para cada uno que muere la eternidad sea diferente cosa...

Después de hacer estas reflexiones que pasaron por su mente con la rapidez del relámpago, sintiendo que las piernas le flaqueaban, se fue a sentar junto a la lumbre, cubriéndose los ojos con una mano en forma de visera. ¿Qué haré yo cuando se acabe esta lumbre?... ¡Unas hachas! ¡Qué alegría! dijo cuando distinguió las que intencionalmente le había dejado “El Tigre”: ¿pero quién me ha dejado aquí estas hachas? ¿Qué objeto tienen? ¡Oh Dios mío! exclamó recordando las terribles palabras que le había dirigido su verdugo: *“Después morirás; pero con una agonía cruel... ya otra vez te has librado de la gruta en que mandé meterte.”*

Sin duda estoy loco, dijo para sí con grande espanto; antes me creía muerto y casi me alegraba de ello; ahora recuerdo amenazas que no puedo explicarme; pues mi enemigo dijo, según creo, que ya me había escapado otra vez de la gruta ¿pero qué gruta es ésa? Yo no he estado en ninguna... ¿Y por qué ese hombre, o más bien ese demonio, se ceba en mí?... ¡Por su hija a quien yo no conozco! ¡Qué equivocación tan espantosa!

—Encendamos una hacha y veamos si éste es mi sepulcro.

El infeliz Fernando encendió una de aquellas hachas de resina que le habían dejado y se avanzó como unos sesenta pasos, sin saber en qué dirección; pero siempre con la esperanza de hallar la salida. Su espanto y su admiración crecían juntamente, porque vio que caminaba en medio de columnas al parecer de alabastro y otras figuras capricho-

sas, entre las que lo pareció distinguir una momia cubierta de un sudario, cuyo contorno marcaba sus descarnadas formas, no lejos un anciano con larga cabellera sosteniendo en sus brazos un niño.

—¿Es esto una iglesia? ¿Un panteón? ¿Cuánto tiempo deberé estar aquí?

Fernando se volvió con tristeza al lugar de que había partido e inclinó con el mayor abatimiento la cabeza, considerando que no tenía otro abrigo que aquella lumbre pronta a extinguirse. En tal actitud vio que las piedrecillas del suelo brillaban, tomó algunas para examinarlas y notó que eran pequeños fragmentos calcáreos cristalizados, y conoció que estaba en una de esas maravillosas cuevas en que la filtración de la agua produce concreciones semejantes al alabastro. Reuniendo sus ideas, recordó que alguna persona le había invitado para visitar la gruta de Cacahuamilpa, y aun le había enseñado fragmentos semejantes. ¿Dónde fue esto? se preguntó, y después de alguna pena, se dijo, todo es delirar: viene ahora a mi imaginación aquel sueño de que se burlaba Gregorio, asociado con el recuerdo de la gruta de Cacahuamilpa.

Tal pensamiento lo afligió porque le confirmó en la idea de que si estaba en la gruta de Cacahuamilpa, le era casi imposible salir de ella por sí solo. Pero, en fin, se dijo resueltamente, he de morir de hambre, de sed, he de soportar la espantosa oscuridad en una agonía desesperada, pues voy a encontrarme con la muerte o con la salida.

Tomó todas las hachas, encendió dos juntas, y dirigiendo una tierna mirada a la protectora lumbre, que no debía volver a ver ya que se salvase, ya que pereciese, echó a andar disimulándose a sí mismo la debilidad de sus piernas.

Su punto de partida fue la tercera galería de la famosa gruta de Cacahuamilpa, avanzó sin vacilar unas cien varas y entró en la cuarta. Se detuvo entonces asustado por el ruido de sus propios pasos, creyendo que alguno lo seguía; el eco repitió sus últimas pisadas y todo quedó en un silencio tan completo, que sólo percibió después la caída de las gotas de agua que elaboran las estalagmitas.

Al contemplar una bóveda inmensa, suspendidas sobre su cabeza, algunas perlas desencajadas que parecía esperaban el momento en que algún ser viviente pasara para desprenderse, sentía Fernando un estremecimiento involuntario, y un sudor frío le corría por todo el cuerpo, a la vez que sufría un penoso alucinamiento por la luz que reflectaban las superficies lisas de las concreciones calcáreas, que por todas partes le cercaban, y que a veces brillaban con la misma fuerza

que las piedras preciosas. De este modo llegó sin novedad como a la mitad de la cuarta galería, después de haber caminado como trescientos pasos desde el lugar de su partida; se sintió cansado, y para tomar algún respiro, se recargó en una de aquellas corpulentas estalagmitas que el agua ha formado gota a gota en el espacio de siglos; dicha estalagmita era tan elevada que se unía con las estalactitas que penden de lo alto de la bóveda, de manera que formaba una gruesa columna como de un templo. Todas estas gigantescas creaciones están formadas por lo regular de tal manera que el menor desequilibrio hace precipitar enormes masas; así es que apenas se apoyó Fernando, confiando en el espesor de la columna, cuando se dividió ésta en muchos pedazos, que al caer causaron un horroroso estruendo. Fernando cayó aturdido al lado opuesto del que ocupaban los fragmentos, y no comprendió lo que había sucedido hasta que, levantándose y recogiendo sus hachas, vio que el lugar en que antes se hallaba había sido ocupado por una gran peña, que se había desprendido al desmoronarse la columna. Se había salvado de un nuevo peligro por efecto de su propia debilidad, que no le permitió quedar en pie después de que la faltó el apoyo. Conociendo que aquella salvación era un favor especial de la providencia, se arrodilló exclamando con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Oh, Ser omnipotente cuyos designios sobre cada criatura se escapan a la débil penetración del hombre! ¡Tú, cuya mirada recorre incesantemente todo el espacio que media desde el cielo en que moras hasta el abismo en que me encuentro; si quieres que deje de vivir, y que mi cuerpo quede sepultado en esta caverna sin que algún hermano mío venga a echarle una poca de tierra, y sin que nadie recoja mis cenizas, líbrame de los horrores con que me amenazó ese hombre malo a cuyo poder me entregaste, y muestra que oyes a los que se refugian bajo tu protección aunque estén como yo sepultados en vida!

Después de esta oración de palabra, siguió otra más íntima, más fervorosa, que no puede traducirse en ningún idioma, una comunicación entre el pequeño espíritu que animaba a Fernando y el espíritu infinito que anima al Universo.

Fortalecido Fernando con aquellas oraciones encendió otras dos hachas, y lleno de valor tomó nuevamente su camino. Salió de la cuarta galería y en la quinta tropezó con un objeto quebradizo, lo alumbró y conoció, no sin una profunda conmoción, que eran dos esqueletos los que tenía a sus pies, casi intactos y perfectamente disecados; el uno era de un hombre y el otro de un perro que seguramente había venido

a morir a los pies de su amo. Fernando se apresuró a seguir una especie de corredor volado, que hay en esta parte de la gruta formado por una ancha cornisa que va elevándose gradualmente en proporción de lo que baja el suelo, sostenida por pilares naturales, labrados al parecer por corrientes de agua subterráneas que los han dejado carcomidos. Fernando pudo haber tomado el camino de abajo, pero el atollondramiento que le produjo la vista de los esqueletos le hizo desviarse y seguir aquella ruta peligrosa. A la mitad del corredor dirigió la vista para abajo, y temeroso de caer por verse muy alto, quiso retroceder, pero un silbido fuerte y prolongado que salió de entre las peñas se lo impidió, llenándole de indecible pavor por que seguramente, con la luz que llevaba se había despertado algún terrible reptil. Efectivamente, una serpiente de cascabel salió a tenderse sobre la cornisa, interceptando absolutamente el camino por donde acababa de pasar el maquinista. La situación de éste sólo la podremos conocer aunque imperfectamente acordándonos de lo que se sufre en esos horrendos sueños en que sentimos impotencia para movernos a la vista de un monstruo que va a devorarnos.

Después de un rato en que la serpiente hizo brillar sus ojos, agrada tal vez de gozar de la luz, Fernando, que de pronto se había quedado inmóvil, algo repuesto se alejó con cuanta velocidad le fue posible hasta llegar a lo más alto del corredor. Su turbación no le permitió distinguir que en este punto la cornisa, por un corte irregular y repentino, termina bruscamente a la orilla de un abismo, donde se precipitó el desgraciado. Mil ecos respondieron con voz de trueno al estrépito de su caída; la luz se extinguió, y la gruta volvió a quedar en su habitual oscuridad. La serpiente dio un nuevo silbido y arrastró por entre las peñas sus cascabeles; las gotas de agua que continuamente se filtran por entre la fofa cubierta de aquella magnífica gruta, que por esto lleva el nombre de *cacahuatl*, destinadas al parecer para marcar el curso del tiempo, siguieron en el trabajo sempiterno que tienen señalado por la Divina Providencia, construyendo estalactitas adheridas a la bóveda, y estalagmitas que se van incrustando en los riscos.



10. LA PRIMERA VELADA DEL ENFERMO

Luego que “El Tigre” dejó en tan horroroso abandono a su víctima, experimentó, según hemos insinuado, un extraño remordimiento; y decimos extraño, porque obcecado en un camino de perdición, comecía toda clase de violencias sin guardar la menor inquietud.

Para que puedan apreciarse los diversos sentimientos que tal escena provocó en el ánimo de sus dos cómplices, es necesario que digamos algo acerca del carácter de entrambos.

Juan “El Coyote” era un sargentón doblemente endurecido, primero en el servicio militar, especialmente cuando había sido cabo y le encargaban que diese esos horribles bancos de palos en que los jefes militares hacen consistir la buena disciplina de la fuerza armada, y después con las crueldades del “Tigre”, de quien era una especie de ministro ejecutor. “El Gachupín” había sido terrible como su capitán en sus primeros tiempos de salteador; pero esto provenía de una profunda ignorancia acerca de toda clase de deberes; así es que desde la época en que por haber vivido en familia con “El Otomí” y su esposa, había aprendido de ésta varias interesantísimas verdades acerca de la necesidad de ser bueno en la Tierra para tener descanso en otra parte, sus sentimientos habían cambiado radicalmente, se había operado en él una completa transformación. De aquí resultó la visible repugnancia con que había vuelto a la mala vida arrastrado por su compañero Pedro, de quien dependió siempre, y a quien nunca quiso oponerse abiertamente.

Por estos antecedentes se comprenderá que la violencia ejercida en Fernando le pareció al “Coyote” un negocio desagradable por no haber sido productivo, de manera que en su concepto debió su capitán desembarazarse sencillamente con su espada de aquel hombre, cuya aparición le había dado tanto susto al mismo ex-sargento. Al “Gachupín”, por el contrario, le pareció muy fuera de camino el buscar novio a Mariquita amenazando con la muerte a aquel desgraciado, por sólo



el motivo de querer sostener un compromiso ya contraído; “El Gachupín” era muy fiel en el cumplimiento de sus promesas. Por tal opinión, sin esperar la orden del “Otomí” le había quitado las ligaduras a Fernando después de que había sido puesto en el tlapextle para caminar, y cuando sin poder evitarlo fue éste conducido a la gruta, tiró unos leños con la esperanza de que al volver en sí le fuese fácil encontrar la salida. Desgraciadamente el maquinista había seguido un camino diametralmente opuesto, de suerte que en lugar de acercarse a ella se alejó cosa de quinientos pasos más.

“El Gachupín” iba combinando en el camino para la casa de María el modo de librar a Fernando, lo cual le era verdaderamente imposible mientras tuviese que estar cerca del “Tigre”. Éste, que rarísima vez bebía aguardiente, ni aun en pequeña cantidad, quiso ahogar el disgusto que sentía emborrachándose.

Algún tiempo después que se había encerrado en el oratorio salió y llamó al “Gachupín” y le ofreció de beber. “El Gachupín” era un fuerte bebedor, pero se abstuvo de tomar aguardiente por el vago temor que le ocurrió de que “El Tigre” quisiese envenenarlo, pues tenía muy presente la escena últimamente ocurrida en la venta de Ocuilam.

—Pues si no quieres, le dijo “El Otomí”, poniéndole mal gesto, llama a Juan; no quiero beber solo: tú nos cuidarás.

Esto pasaba en el oratorio y saliéndose de allí “El Gachupín” mandó al sargento.

No tardó en trabarse una horrible disputa entre los dos bebedores porque “el Coyote” alentado con la bebida le dijo a su jefe muchos desahogos, especialmente sobre el punto de participación en los objetos robados, que el capitán solía ya tomar para sí por entero.

—Ya me cansa servirte, Pedro; le decía encarándosele con el vaso en la mano y sin poder conservar el equilibrio, te has hecho muy mezquino. ¿Para qué quieres tanto que atesoras?

“El Otomí”, que en aquel momento no tenía tan pronunciada como generalmente sentía la dignidad de jefe, le decía aproximándosele también hasta tocarse con las caras.

—Cállate Juan, todo lo que busco es para la niña, ¿estás? para María.

—¡Qué niña, ni qué diablo! ¿Por ella te hemos de servir de balde?

—Son muy estúpidos los borrachos, dijo con tono sentencioso y con pronunciación difícil el capitán, a la vez que llenaba con poco tino los vasos puestos sobre la mesa del altar en la que derramó parte del líquido; por eso nunca bebo...

—¡Pues! respondió el compañero empinándose su vaso, no bebes por tacaño.

—¿Por qué?

—Por tacaño.

—Me está pareciendo que me miras mal Juan.

—Pues a mí sólo me parece que no me pagas bien y verdaderamente no sé por qué te sigo.

—¿Tú me sigues? ¿Y por qué me sigues?, dijo “El Otomí” equivocando el sentido de la frase y enojándose súbitamente después de haber sufrido la terquedad de su compañero.

¿Por qué me sigues?, volvió a preguntarle arrojándose sobre él y procurando apretarle la garganta para ahogarlo, cosa que no pudo lograr, porque los contrincantes estaban completamente borrachos a causa de haber bebido sin comer antes alguna cosa.

Por fortuna todo paró en que se dieran algunos golpes cayendo ambos al suelo, y con tanto ruido que “El Gachupín” ocurrió muy azorado a saber lo que pasaba. Separó a Juan llevándolo a la cocina donde no tardó en dormirse, y cuando volvió a ver a su capitán lo encontró sin poderse levantar del suelo echando juramentos. Fácilmente lo persuadió a que se acostara en la cama, y observando el estado de absoluta postración a que había llegado, salió inmediatamente a buscar a María que, lánguida y triste bajo la sombra de los más apartados árboles de yoloxochitl, ni sabía la llegada de su padre.

—¡María, Mariquita! iba gritando “El Gachupín” no sabiendo dónde estaría la joven hasta que, oyendo ésta su nombre, le salió al encuentro.

—¿Qué me quieres?, le preguntó con dulzura, ¿ha venido mi padre?

—Sí; pero...

—¿Pero qué? ¿Le ha sucedido algo?

—No, sino que yo quería hablarte de otra cosa urgente.

—¡Urgente! ¿Cuál puede ser?

—¿No te acuerdas de un viajero que vino aquí una tarde y que...?

—Y que después desapareció para siempre..., interrumpió dando un largo suspiro la joven.

—No te aflijas, Mariquita; demasiado descolorida y flaca te has puesto... ¡Ah! ¡Si te viera tu madre...! Pero no llores, ese viajero de que te hablaba... vive.

—¿Vive?, preguntó llena de júbilo la joven; ¿dónde está? ¿Cómo le has visto?

—Vive; pero...



—¿Qué hay? tu rostro me dice alguna cosa muy funesta.

—Está en la gruta... lo ha echado tu padre.

—¿Cuál gruta?

—Aquí cerca, en Cacahuamilpa.

—¡Infeliz! A esta hora habrá ya caído en algún precipicio; ¿y por qué no me lo habías dicho? añadió con el tono de la más dolorosa reconvención y, sin esperar respuesta, añadió con precipitación:

—Vamos inmediatamente, ensilla los caballos “Gachupín”; no perdamos más tiempo, acaso llegaremos con oportunidad; corre, los caballos. ¿Por qué no te mueves?

—Los caballos están dispuestos, tu padre duerme, pero nos faltan dos cosas.

—Dilas al momento que me está matando tu tardanza.

—Hachas de brea; y algún remedio, esto es lo más necesario, y tú que sabes de eso...

—¡Remedio! ¿Para qué?

—Óyeme, le dijo a María “El Gachupín”, hablándole en voz baja, y como si temiese que los árboles lo escuchasen; esta mañana le ha hecho tomar tu padre a ese pobre señor una mala bebida, con la que ha vomitado por mucho tiempo, durmiéndose después.

—¡Oh, dolor! dijo María enclavijando las manos y mirando al cielo; ¿por qué es mi padre el que siempre causa mi desgracia?

—Vamos, María, no te abandones a la pena; saca alguno de los remedios que usas y marchemos; en el pueblo compraremos las hachas.

—Pero cómo puedo saber cuál es el veneno que ha a bebido ese señor? ¿No viste siquiera el color que tenía?

—Sí, era amarillento y aceitoso.

—¿Y a qué olía?

—No olía a nada, al menos yo no percibí, porque Juan fue el que...

—¿Pero no dices que vomitó mucho?

—Sí, muchísimo.

—¿Y no percibiste entonces algún olor?

—¡Ah! sí, recuerdo que olía como a azafrán.

—Probablemente fue láudano, y si como dices vomitó mucho, entonces se ha salvado. Voy luego a que hierva la tía Juana un poco de *coapatli*,¹⁶ mientras vas sacando los caballos; yo iré a montar allá abajo,

¹⁶ Variación de coapacle. Planta medicinal llamada también *yerba del pollo* o ruda (Santamaría).

adelántate; sé una vereda que acorta mucho el camino, servirá también de que no me vean montar estos que están trabajando en la huerta.

“El Gachupín” se adelantó como le había mandado María, y ésta a poco fue a alcanzarlo por la vereda que sabía, llevando colgado un frasquito con el cocimiento del antídoto que había indicado, cubriendo su cabeza con un ancho sombrero de paja. Al pasar por el pueblo de Cacahuamilpa muchos inditos vinieron a saludarla besándole la mano, ofreciéndole acompañarla luego que supieron el objeto que la hacía caminar, pues temieron que se fuese a extraviar en la gruta, de suerte que cuando penetró en ella llevaba un numeroso séquito.

Aunque el aspecto de la gruta es muy imponente, y María sólo conocía los dos primeros salones, entró muy animosa siguiendo a los guías, llevando así como ellos una hacha de resina en la mano, siguiendo los fragmentos de leña que había esparcido “El Gachupín” hasta llegar al punto en que se miraban los restos ya apagados de la lumbre, cuyo calor había reanimado a Fernando. Muy desconsolada María de no encontrarle allí según esperaba, conforme a la relación que hacía “El Gachupín”, preguntó a sus otros compañeros si por las huellas que venían reconociendo se andaba de ver que hubiese vuelto a salir, a lo que contestaron negativamente siguiendo con mucha atención el rastro, perceptible sólo para aquellos indígenas, que a sus naturales y exquisitas potencias reunían el conocimiento práctico de la gruta. Se adelantaron en la dirección que lo había hecho Fernando, se detuvieron a contemplar la enorme columna que se había deshecho por haberse recargado en ella el maquinista, y con gran júbilo recogieron los cabitos de las hachas que en tal lugar aquél había dejado. Siguieron con admirable exactitud el rastro y en pos de ellos María, deteniéndose todos al principio de la cornisa que había seguido Fernando, en cuyo lugar creyeron haber perdido la huella, porque no se figuraron que pudiese haber tomado tan peligroso camino, hasta que uno de los más jóvenes subió algunos pasos por el corredor volado, y dijo: ¡por aquí va el rastro! Los más prácticos conocieron entonces que se había precipitado y, en lugar de seguir la cornisa, caminaron por la parte baja que iba en declive hasta descubrir en una hondura un bulto informe, que se hallaba como enterrado en un lecho arenisco por el que sin duda había pasado en otro tiempo algún arroyo, que a la sazón se había ya retirado, pues corría a una pequeña distancia del mismo lugar.

María dio grandes gritos que resonaron pavorosamente por todos aquellos antros cuando habiéndole traído aquel cuerpo, exánime al

parecer, reconoció las facciones de Fernando que eran para ella inolvidables. No había pensado sino en traer el contra veneno, y por tanto carecía de alguna substancia espirituosa con que poder reanimar a Fernando, pero uno de los guías venía provisto de aguardiente, que por todos los pueblos cercanos de Cacahuamilpa es muy barato, e indicó a la joven que inmediatamente le diesen una friega con aquel alcohol como lo verificaron, cubriéndole después con varias frazadas. Fernando conservaba un resto de vida pronto a extinguirse, y de ella dio una muestra cuando al repetirse la friega pasando con fuerza la mano del que se la daba por la espinilla, exhaló un pequeño quejido a causa de que la tenía quebrada.

—¡Vive!, exclamó María llena de contento, ¡vive!

En seguida le fue echando en la boca poco a poco parte del cocimiento que había preparado, el cual sirviendo a la vez como tónico y como antídoto, aumentó un poco la fuerza de la respiración del enfermo, que al principio era debilísima.

Los indígenas veían muy admirados el empeño que mostraba María porque volviese aquel desconocido a la vida, y como la amaban sinceramente, prestaron cuantos auxilios les fue posible, hasta llevar al enfermo a la casa de ésta, en cuya entrada por precaución despidió casi a todos, no permitiendo que la acompañasen sino los que lo iban cargando, hasta ponerlo en un cuartito que había cerca del *temaxcali*, en donde muchos de los acompañantes habían pasado alguna enfermedad recibiendo toda clase de cuidados de parte de María.

Ésta se constituyó desde aquel momento en asidua enfermera del paciente, espiondo con el mismo afán empeñoso que una madre cuando tiene en la cama a un hijo pequeñito, el momento en que se quejaba, y la hora en que había de recibir su gradual alimento.

En esta tarea tuvo que asociar a la tía Juana, suplicándole antes guardase el secreto, lo que aquella anciana prometió y cumplió acaso por el remordimiento que tenía de haber causado la infelicidad de María, a quien quería entrañablemente, por la denuncia que lanzó del maquinista a Pedro “El Otomí”.

El paciente se hallaba en estado verdaderamente lamentable. Su cuerpo parecía haberse achiquitado; tenía una pierna rota, y sufría las consecuencias de un fuerte golpe recibido en el cerebro al caer, que le impedía usar de sus miembros, privándole por algunos días de todo conocimiento. A esta paralización de funciones parece que contribuía bastante el hallarse completamente ciego.

María estaba doblemente afligida de ver a Fernando en aquel estado, y de que no alcanzasen sus conocimientos para volverle la salud, pues ella sabía algo de las enfermedades comunes de aquellos climas, como fiebres, piquetes de animales ponzoñosos, disentería, etcétera, y no pudiendo acertar con lo que conviniese dar a su enfermo, dejaba que obrase la naturaleza el restablecimiento de éste, lo que se verificaba muy lentamente.

Sus primeros cuidados fueron entablarle la pierna, y viéndola en esta operación un anciano de Cacahuamilpa, que había sido de los que habían transportado el cuerpo de Fernando, después de ayudar a poner la venda, le dijo en mexicano:

—¿Conoces Huitzitzíqui, el *ojite*?

—No, padre.

—Pues no le pongas nada, al enfermo, voy a traerte de mi casa esa medicina, que en pocos días hará que sane completamente la pierna.

Cosa de una hora después volvió el indígena trayendo una ollita de barro que contenía una especie de bálsamo negruzco y pegajoso, que como una bisma¹⁷ le puso al enfermo sobre la pierna ya entablada.

—¿De qué se compone esto, padre?, preguntó la joven.

—De semilla del árbol del Perú, copal, y una yerba que llaman *ojite*, todo lo cual se calcina, y es tan eficaz que compone los reblandecimientos de los caballos, los esperabanes,¹⁸ y aun las fracturas, con sólo ponerles la composición y meterlos después a la agua fría.

—Pero esto último no podremos hacerlo con nuestro pobre enfermo.

—No, y sin embargo sanará. En los lugares en que se produce la yerba que da nombre al medicamento, acostumbran bañar la parte enferma después de cubierta con el bálsamo en un cocimiento de la misma yerba, lo cual acelera la curación, pero desgraciadamente aquí no la tenemos. Sólo que quisieras iría a traerla.

—¿Hasta dónde se produce?

—Yo la he conocido por Puebla, en las cercanías de Cholula a donde hay un pequeño pueblo que se ocupa de preparar ollitas de *ojite* como la que te he traído.

—Pues si yo deseara que fuese usted a ese pueblo y trajese la yerba: ¿cuánto tiempo se emplea en ese camino?

—Unos seis u ocho días de ida y vuelta.

¹⁷ Emplasto reconfortante (DRAE).

¹⁸ Esparablanc: emplasto que contiene 40 por 100 de óxido de zinc (EUIEA).

—Sería bueno traer, además de la yerba, también unas ollitas para el caso de que alguno del pueblo se lastime; sólo que para eso iré a sacar el dinero que sea necesario.

—Muy poco necesito, hija mía, puedo traer cuatro ollitas con un peso.

—¿Pero los gastos del camino?

—Ya sabes que nosotros los indígenas gastamos poco; llevaré mis *tlaxcali*,¹⁹ sal, y un poco de chile. Cortaré flor de yoloxóchitl de tu jardín y la venderé en México, donde tiene muy pronta salida, y con esto quedará pagado mi viaje.

—Pues si quiere usted ir a recogerla, precisamente es el tiempo en que están cargados los árboles de flor, y Dios quiera llevar a usted y traerlo bueno.

Cuando concluyó de cortar la flor de yoloxóchitl, recibió el indígena de manos de María el peso, que según había indicado, necesitaba para traer cuatro ollitas de *ojite* de las cercanías de Cholula.

Fernando había empezado a sufrir agudos dolores siempre que por cualquier incidente quedaba mal colocada la pierna fracturada. Estos dolores parecía que habían ido en aumento a proporción que recobraba el uso de sus potencias; pero como por encanto cesaron casi del todo después de la curación hecha con el *ojite*, a juzgar por la quietud en que desde entonces entró disfrutando al parecer de un sueño tranquilo.

Atenta María para darle alimento en el momento en que diese señales de despertar, velaba a la cabecera de la cama, compuesta de otates, sobre los que había tendido unos petatillos finos de Puebla.

Las primera palabras que el enfermo pronunció, fueron estas:

—¡Luis! hermano mío... Rosita...

—¿Quién será esta Rosita? se preguntó a sí misma la joven.

Tentando después el enfermo cuanto tenía a su alcance, con la misma incertidumbre que los niños de pocos meses, sintió que estaba cubierto con alguna cosa.

—¿Qué es esto?, dijo: ¿dónde estoy?

María quiso responderle, pero de pronto no supo qué decirle.

—¿Habré perdido el juicio?... En aquel instante, creyéndose con fuerzas suficientes, que muy poco a poco comenzaban a volverle, intentó sin lograrlo dar una vuelta sobre su lecho.

¹⁹ Tlaxcal. Por antonomasia, entre los indios descendientes de nahoas, la tortilla, lo cocido por excelencia; especie de puchero (Santamaría).

¡Ah!, exclamó, ¡cuánto me duele mi pierna...!

¿Habré perdido el juicio?, volvió a preguntarse, y luego continuó diciendo: un hombre feroz, con ojos terribles, cuyas pupilas se escondían en los párpados... después una horrorosa gruta... de la que no saldré... mis hachas se han apagado... ¡ah! fue tan repentina mi caída... ¡oh! ¡Qué caída tan espantosa! perdí el equilibrio por huir de la maldita serpiente... ¡Dios mío! ¿Qué será de mí? Lo que más me atormenta es esta oscuridad...

El cuarto en que estaba el enfermo se hallaba iluminado con una vela de cera, semejante a las que ardían constantemente en el oratorio; pero María había templado algo su fuerza impidiendo que llegasen sus rayos al lecho de Fernando. Al oír a éste que se quejaba de oscuridad fue muy quedito a poner la vela de modo que alumbrase directamente la pared hacia la cual estaba vuelto Fernando, y se sentó de nuevo cerca de la cabecera, oyendo al paciente que decía:

¡Cuánto padecimiento! ¿Me habré ya muerto? ¿Estaré enterrado? ¿Habré sufrido una terrible fiebre en que mis delirios han sido ese hombre funesto, y la espantosa cueva, y después de haber sucumbido por la fuerza de la enfermedad me habrán transportado a un campamento?... No: yo siento, yo me toco, yo vivo... vivo para morir de hambre... ¡Qué situación tan lastimosa!... ¡morir de hambre!... tengo hambre, sí, mucha hambre...

—¿Quieres un poco de alimento?, le preguntó María en mexicano, dulcificando su voz extraordinariamente.

—¡Esa voz! yo la he oído otra vez... ¿Qué habrá en esta terrible gruta seres tan desgraciados como yo, condenados a perpetuas tinieblas?

María acercó a los labios de Fernando una cuchara y dejó caer gota a gota en su boca entreabierta un poco de atole, que saboreó el enfermo.

¿Quién soís generosa criatura, que así te dignas venir a socorrer a este miserable que se halla a las puertas de la muerte? Debéis ser el ángel puesto por Dios en esta espantosa caverna para guiar a los desgraciados que vienen a sepultarse en sus entrañas. Sí, ya sabía que la bondad divina, así como da al hombre un ángel de guarda que le cuide, así ha dado a los árboles como a las maravillosas creaciones, espíritus que los protejan; pero llegas tarde, porque muy pronto deberé expirar... He recibido una terrible caída, no tengo luz ni fuerzas para caminar, me duele muchísimo mi cuerpo... Sin embargo, te agradezco mucho el cuidado que has venido a tener conmigo, porque servirá para



que no muera desesperado, pues se digna el Todopoderoso enviarte para que me consueles en mi última hora... Rézame: nosotros los cristianos rezamos antes de morir... y yo, que tantos trabajos he tenido para hallar mi sepulcro, quiero ya morir... para descansar... ¡Pero tú lloras! ¿Será posible que tanto te haya interesado mi suerte? ¿Qué, llo-
ran los ángeles? No llores, no, porque ya pronto voy a descansar.

María continuó sollozando por algún tiempo, y Fernando volvió a preguntarle:

—¿Dime por qué lloras?

—Lloro porque te oigo delirar... y porque dices que deseas morir...

—¿Pues qué no es mejor?

—No.

—Pero siéndome imposible salir de esta gruta, ¿qué espero ya sino morir?

—Yo te sacaré de ella.

—Pues vamos, inmediatamente y el enfermo hizo tales esfuerzos y sufrió tales dolores, que tuvo luego que sosegar-se quejándose dolorosamente.

—Yo te sacaré, le dijo María, pero debes estar tranquilo; te has lastimado en tu caída y necesitas algunos días para aliviarte... Yo que vivo hace tiempo en la gruta, al oír tu caída vine a prestarte algún auxilio.

—¿Vives en la gruta?

—Sí... poco faltaba ya para que salieses de ella; pero te fuiste a extraviar.

—¿Poco faltaba ya?

—Sí.

—Me extravié por el miedo que me infundió una serpiente.

—¡Cobarde! si es muy mansa, vive conmigo, es la que me cuida.

—¿Pues tú quién eres?

—Una pobre mujer condenada a no salir nunca de esta gruta.

—¿Por qué?

—En otra ocasión te lo diré; ahora toma un poco de alimento. Abre bien la boca.

—No puedo más, me duelen las quijadas.

—Pues sea así.

Y María le dio con admirable paciencia una taza de excelente atole de leche confeccionado por la tía Juana.

—¡Qué buena bebida!, dijo Fernando saboreándose y volviendo inmediatamente a sus anteriores preguntas.

—¿Cuál es tú nombre?, dijo abriendo desmesuradamente los ojos, en los que no había lesión alguna aparente, y volviendo la cara hacia donde estaba María, sin distinguirla absolutamente.

—¿Mi nombre?, repitió maquinalmente la joven dándose tiempo para responder.

—Sí, tu nombre.

—Yo no tengo nombre. Para qué necesito nombre viviendo sola.

—Es verdad, murmuró el paciente, convencido por la lógica de la respuesta, y luego añadió: pero ahora que no te hallas sola algún nombre has de tener.

—Ponme el que quieras.

—No sé por qué tu voz, tan suave y tan pura, me ha recordado un precioso sueño que tuve en otro tiempo, hará cosa de un año... En otra vez te lo contaré. En ese sueño vi una joven muy linda, como tú debes serlo seguramente, a quien los pobres de las cercanías daban un nombre singular; comparándola con el chuparrosa, la llamaban... déjame hacer bien mis recuerdos. ¡Ah! sí... le llamaban: *Huitzitzíqui*...

—¿Con que ése fue un sueño?, preguntó con indefinible expresión la joven. Pues tienes sueños muy bonitos.

—¿Por qué me hablas con tal seriedad, y con ese tono?

—Porque... porque con los enfermos no es bueno ser muy complaciente. Ya es la medianoche y estás hablando como un perico; duérmete y mañana tendrás tal vez otros bonitos sueños que contarme.

—¿Te has enojado, *Huitzitzíqui*? ¿En qué te he ofendido? Ten compasión de este infeliz que sin ti moriría; hace un momento que deseaba yo el sueño eterno de la muerte, porque me encontraba solo en esta gruta, pero desde que he oído tu voz no sé qué grato perfume de vida y de felicidad he probado que me hace desear la luz del día para conocerte, para testificarte mi reconocimiento... mi amor fraternal.

La joven le dijo en castellano:

—Cállese usted y duérmase señor don Fernando Henkel; mañana si está usted aliviado le daremos licencia para que refiera sus sueños.

—¿Y cómo sabes mi nombre, *Huitzitzíqui*?

—Yo también he soñado, repuso la joven, o más bien adivinado ese nombre, las hadas que vivimos en lo interior de las misteriosas grutas tenemos, para indemnizarnos de ver muy pocas veces la luz del día, la facultad de adivinar algo de lo que pasa en la Tierra, aquello que por fantasía suele parecernos interesante.



Fernando no sólo se hallaba en aquellos momentos débil de cuerpo, sino también de juicio; y creyéndose que estaba aún dentro de la gruta, no le pareció cosa difícil de admitir el que le hablase una criatura incomprensible a la que su imaginación encontraba bien representada con la palabra *hada* que a sí misma se daba María.

Todos tenemos, aun en la más cabal salud, cierta predisposición para lo maravilloso, y no debe por lo mismo extrañarse que cuando oyó el enfermo que en la profundidad de la Tierra, como si estuviese fuera de nuestro planeta, había quien supiese su nombre, creyese que esto era por arte sobrenatural.

—Procuraré dormirme, dijo, porque según voy experimentandote enojas fácilmente con tus enfermos, y empleas conmigo el rigor, tal vez porque te estoy desvelando, pues según aseguras es ya la media noche. ¡Hasta mañana, mi protectora hada; ven a despertarme temprano, pues tu voz me suena más agradable que el susurro del *Huitzitzíqui*!

—Hasta mañana, Fernando; cuida de tener gratos sueños para que, refiriéndomelos cuando estés aliviado, deponga el enojo que tengo y el rigor con que pienso tratarte.

De esta manera se pasó la primera velada.



11. LA REALIDAD ES SUEÑO

Después de los ocho días que como *minimum* había pedido el indígena que se había encargado de ir a comprar la yerba que se llamaba *ojite*, volvió, trayendo varias ollitas del bálsamo y una abundante provisión de la misma yerba, con cuyo cocimiento se dio luego a Fernando repetidas lociones en la pierna enferma, cuyos movimientos eran difíciles, sin que mostrase otro síntoma de malestar.

El enfermo pasaba su tiempo durmiendo casi siempre, y algunas veces sentado, porque María no le había permitido hacer un ensayo de sus fuerzas temiendo que la curación se atrasase.

Sintiéndose Fernando muy aliviado después de varias lociones dadas con el cocimiento de la yerba medicinal, quiso moverse de la cama, y notando alguna mayor facilidad de movimientos en todo su cuerpo y aun en la parte antes fracturada, se puso en pie, con grande admiración suya y de María, sin que siquiera se quejase.²⁰

—¡Bendito seas, Dios mío!, exclamó, que me vuelves, aunque poco a poco, la fuerza y la salud. Ven *Huitzitziqui*, dame el brazo quiero andar un poco, y temo darme un tropezón por la oscuridad de esta cueva...

María lo dio el brazo, y el enfermo muy gozoso pudo experimentar a los primeros pasos que su pierna estaba casi curada.

—Dime, *Huitzitziqui*, ¿por qué estás siempre a oscuras?, decía esto Fernando al mismo tiempo que entraba por la puerta de la pieza en que se hallaba, un esplendente sol. María por toda respuesta, sollozaba, conociendo que estaba ciego.

—¿Cómo no te desesperas de esta oscuridad? ¡Pero tú lloras! hoy que me encuentro tan aliviado...

—Sí; lloro; respondió María, pero... de gusto.

²⁰ Hemos oído referir a personas de credibilidad curaciones hechas con el *ojite*, de sujetos que se han quebrado una pierna y que han podido montar a caballo a los ocho días mediante tal remedio. [Nota del autor.]

—Eres conmigo tan buena, me quieres tanto, que comprendo el motivo de tu llanto... yo también lloro, *Huitzitziqui*, lloro de gratitud hacia ti, a quien el Todopoderoso ha encargado que me salvases.

—Cuéntame ahora tu sueño, Fernando.

—¿Cuál sueño?

—Aquel de que me hablabas una de estas últimas noches, diciéndome que te habías encontrado una joven...

—¡Ah! sí, voy a referírtelo con mucho gusto en celebridad de que he dado mis primeros pasos.

—Pues sentémonos; ya te escucho.

Era una tarde muy lluviosa del mes de septiembre en la que yo me había extraviado separándome de mis compañeros de viaje; venía de Taxco. No recuerdo bien cómo fui a dar debajo de un árbol en cuyo lugar pasé la noche; pero allí fue donde tuve ese precioso sueño de que te he hablado, y que nunca olvido. Se me apareció una linda joven conducida por un hombre muy alto para darme hospitalidad en su casita, pues me había cogido un fuerte aguacero. Su casita era un pequeño paraíso, pues a las exquisitas flores que cultivaba en su jardín, se unía la grata vegetación de corpulentos árboles, que sacudían majestuosamente sus pesadas copas. La joven, que como te he dicho era muy hermosa, me invitó a que fuésemos a un mirador; desde donde se divisaba a la derecha un caudaloso río, a la izquierda, la enorme boca de esta gruta en que estamos, y al frente en el cielo, tres arcoiris.

Embelesado yo con el aspecto de la naturaleza, y más aun con la belleza de la linda joven, daba entrada en mi corazón a un torrente de indecible ternura, y la propuse que fuese mi hermana, único título que me pareció bastante puro y respetable para que pudiese aceptarlo sin mancharlo...

—¿Y la joven qué dijo?

—Me parece ver en este momento sus grandes ojos color de castaña, su espesa y sedosa cabellera, así como la tuya, a tiempo que tenía entre mis manos, así como ahora tengo las tuyas, tan suaves, tan mórbidas...

—Te preguntaba yo lo que respondió la joven, y no te pedía elogios.

—Aceptó con satisfacción mi ofrecimiento, llamándome desde luego su hermano, me llevó por su jardín, me hizo un ramo de flores y fuimos en seguida a reunirnos con el hombre alto, que según te dije la acompañaba al principio; pero éste se hallaba durmiendo en una hamaca.

—¿En qué se ocuparon después?

—Pasamos a examinar muchas plantas medicinales que ella guardaba, y me explicó sus virtudes; después entramos a un oratorio y sacó de entre varias botellitas un frasco de cristal del que vertió en mi mascada algunas gotas del líquido que contenía, las que exhalaban un perfume tan exquisito que pronto dominó aquella esencia sobre el olor del estoraque²¹ que se acababa de quemar en el oratorio. Pero lo que sin duda va a admirarte, y lo que jamás he podido explicarme es que, al día siguiente, cuando mis criados fueron a buscarme y me encontraron en el lugar en que había dormido, según te he dicho, bajo de un árbol; al sacar mi mascada no solamente percibí yo aquel olor tan penetrante que en mi sueño creí disfrutar, sino también ellos.

—Esa fue una ilusión, dijo con amargura María.

—Ciertamente que fue una ilusión, y yo sólo te refiero estas cosas como de un sueño; pero es ciertamente inexplicable cómo pudo percibirse un aroma por varias personas, siendo así que tal aroma había existido solamente en mi imaginación.

—¡Es cosa sorprendente! Y después de haber echado en tu mascada la joven aquellas gotas de la esencia ¿qué sucedió? ¿Sabes que tu historia está muy trunca?

—Fue a acostarse a su recámara prometiendo despertarme temprano para que viniésemos al día siguiente a visitar esta gruta: entretanto el hombre alto había despertado, y me contó una extraña historia acerca del padre de aquella joven, que ni te he dicho, se llamaba María...

—¿Qué te contó acerca de su padre?

—Que era un hombre malo, semejante al que me trajo aquí, y que tenía allí retirada a aquella niña.

—¿Pero el hombre alto qué hacía allí?

—Era el preceptor de la joven; la enseñaba los rudimentos del saber humano.

María suspiró, preguntando en seguida:

—¿Y tú no llegaste a ver a su padre de la joven?

—No.

—¿Pues en dónde pasaste la noche?

—Bajo el árbol.

—Te pregunto si en el sueño creíste que llegada la noche dormiste en alguna parte.

²¹ Árbol estiracáceo de tronco torcido y flores blancas.



—¡Ah! sí; llegada la noche me acosté en la cama vacía del padre de la joven.

—¿Y después?

—Ya no supe más; un criado muy fiel que tenía me buscó con el mayor empeño y fue a encontrarme como te he dicho.

—Por estar tu cuento tan diminuto te voy a imponer una pena.

—La cumpliré con mucho gusto, mi bella hada.

—Quiero que me refieras tu historia.

—Voy a hacerlo inmediatamente.

—Pero ha de ser muy minuciosa, especialmente respecto de todos los amores que hayas tenido; es una fantasía de hada instruirse del modo como aman los hombres; pero te advierto que yo conozco cuando me engañan, y que te trataré con sumo rigor si algo me ocultas.

—Antes de empezar mi historia te voy a confesar una prosaica debilidad que experimento.

—¿Cuál es?

—Con el relato que te acabo de hacer se me ha despertado...

—Habla pronto, ¿qué cosa?

—El hambre.

La hada se echó a reír y Fernando que se sintió animado se atrevió a añadir:

—Si a la buena sopa de arroz que sueles darme se juntase como ayer, un pedazo de pollo... Yo no sé dónde te proporcionas tan buenos alimentos; pero en verdad, que con excepción de la luz, que con tanta ansia deseo gozar, nada me falta aquí para crearme dichoso, especialmente cuando estoy a tu lado.

—Vas a ser servido al momento; pero mucho cuidado en no faltar a la verdad en la relación prometida, porque el almuerzo se te volverá en el estómago sapos y culebras. Es otra propiedad de las hadas, el convertir en mal los bienes que hacen cuando quiere alguno engañarlas.

Fernando se rió de buena gana, y tomó a poco rato unos tiernos pichones que le parecieron aun más suculentos que el pollo del día precedente.

Refirió después todos los incidentes notables de su vida, como la protección que había encontrado en casa del herrero que le había dado su nombre, su educación, sus varios ejercicios, su primer amor hacia Rosita, el desprecio de ésta, el viaje a California y la vuelta en que había dormido bajo el árbol del sueño, el extraordinario trabajo que había emprendido, sin decirle cuál era, para ayudar eficazmente al

establecimiento de la Nueva Filadelfia, cuyos objetos le explicó, la adopción de Antonia y sus hermanos, el encuentro de Rosita, el casamiento de Clara y el viaje a Tenancingo, de donde había sido arrebatado por el hombre malo que lo había llevado a la cueva, sin omitir los extraños cargos que éste le hizo antes de envenenarlo.

María permaneció en absoluto silencio por un largo rato, discerniendo sobre las extrañas aventuras que habían alejado de ella a Fernando, y lo disculpable que era de haber conservado solamente como un sueño el recuerdo de aquella tarde tan feliz en que se habían conocido, porque su padre lo había hecho transportar después de narcotizarlo seguramente, rompiendo bruscamente el enlace de los acontecimientos tan indispensable para la certidumbre. Disculpaba también a su padre de sus procedimientos con Fernando, porque conocía las terribles pasiones de aquél y el amor acendrado que la profesaba. De todo esto salía no obstante una consecuencia cruel para las ilusiones de la joven, y era ésta: Fernando tenía ya otro amor, y el recuerdo del de María sólo existía como la grata memoria de su sueño feliz. La joven se preguntaba: ¿me es posible considerar también como un sueño este ferviente amor que me ha ocupado tantos meses, día a día y hora por hora? ¿He salvado a este hombre que tan pocas probabilidades tenía de existir para que vaya hacer la dicha de una mujer a quien debe todas sus desgracias? Fernando ama a otra es verdad; pero es en el supuesto de que yo no exista realmente; para considerarme vencida, necesito experimentar si la prefiere sabiendo quién soy. Tengo una gran ventaja, lo conozco, sobre cualquiera mujer para interesar su corazón y es que nunca puede desconocer que lo he salvado; pues bien, *ella* se ha valido de un error en mi contra, yo me aprovecharé de la realidad. Sobre todo, el hombre que ahora tengo delante de mí, no es el mismo a quien *ella* conoció en la fuerza de sus ilusiones, es ahora un ser débil, enfermo, y lo que es peor, carece de la vista... Acaso ella le despreciaría si lo encontrase en este triste estado cuando yo lo acojo con todo el ardor de mi corazón, con tal que sabiendo quién soy, me prefiera sobre todo el mundo.

—*Huitzitzíqui*, ¿qué tienes que no me respondes? te he hablado varias veces.

—¿Me has hablado? no te había oído: ¿qué quieres?

—¿En qué piensas? ¿Por qué estás tan callada? ¿Te ha desagradado mi historia?

—Al contrario, me ha agradado muchísimo, y me ha dado envidia de contarte la mía.



—¿De veras?

—De veras; ¿no quieres saber la pasajera historia de una hada?

—Ardo ya en impaciencia por saberla.

—Pero no vayas a figurarte una cosa extraordinaria; mi historia es bien sencilla, monótona y acaba tristemente; pues aunque consiento en que me llames hada, y tengo encargada esta gruta, pertenezco a la última clase de ellas, y así bien harías en irme considerando como una simple mujer, si deseas acertar quién soy.

—Empieza por tanto tu historia.

—En ella figuran ciertas cosas que voy a traer inmediatamente.

En efecto, María salió y volvió después de unos minutos.



12. HISTORIA DE UNA HADA

Aunque ya te he repetido que soy una pobre mujer, dijo María, dejo a tu imaginación que se figure que nací como una mariposa, llena de colores, aun antes de desplegar sus alas, o como una luciérnaga que siembra luz por donde pasa. No extrañes, por tanto, que cuando he llegado a tener los años necesarios para llamarme joven, no tenga un nombre que dar a los que me preguntan, propio ni ajeno. Acepto el que me has puesto, porque me recuerda los primeros años de mi vida. Efectivamente, corría de flor en flor como el colibrí, me sombreaba debajo de los árboles, que para mí se habían plantado, y jugueteaba con mis pececillos de rosa, entre la suave corriente de un arroyo, revolviendo los pequeños guijarros. No te admires si te digo que para mí había sido conducido este arroyo, pues algo he de tener como hada, cuyo nombre has querido prestarme.

Así pasaron mis primeros años, creciendo yo en fuerza y robustez, sin que faltara quien me dijese que también en hermosura, hasta que mis cabellos, que al principio fueron rubios, se cambiaron en castaño oscuro, color que, según dicen, tienen también mis ojos. De la suavidad de mi pelo has hecho antes un elogio lisonjero, que para decirte la verdad no me ha disgustado el recibirlo, y ya te habrás sin duda asegurado por el tacto, en las varias ocasiones que me acaricias, de que mi frente y las demás facciones de mi rostro, son algo regulares. Hubo un viajero que me llamó perfecta, seductora, hechicera; pero nunca di pleno asentimiento a estas palabras, por parecerme moneda corriente los hombres que tratan con las jóvenes desconocidas.

—¡Alto ahí! que eso me toca, pues aunque desgraciadamente carezco de luz para juzgarte con toda exactitud yo aseguro que ese afortunado viajero de quien hablas tenía muy sobrada razón en decirte...

—No interrumpas, que al cabo la historia no es larga.

— Puedes proseguir, pero yo sostengo lo dicho.



—Pasaba así mi vida, ligera como la niebla de la mañana, recorriendo las colinas que cercan esta gruta, cuidando mis pájaros y mis flores, cuando tuve la ocurrencia de querer saber.

—¿Saber?

—Sí, parece que ésta es la general tendencia de todo ser que piensa. Una hada, aunque de ínfima clase como yo, no puede desear mucho tiempo una cosa sin que se le proporcionen los medios de lograrla. Así es que el día menos pensado vi entrar a esta gruta un hombre alto, flaco, narigón, de muy grandes ojos saltones, pero de expresión muy amable...

—Ya he visto a ese hombre, interrumpió Fernando.

María poniéndole su mano en la boca.

—No interrumpas, le dije; yo te dejé contar tu historia hasta el fin.

Pues como iba diciendo, el día menos pensado se me presentó el maestro, que era todo un sabio, aunque a la vez el hombre más sencillo que en todas mis historias he podido conocer. Un año de lecciones dadas con paciencia y recibidas con docilidad y atención me pusieron en estado de seguir por mí misma el impulso que mi espíritu había recibido, y este impulso hacía que se desarrollasen mis facultades intelectuales, con grande satisfacción de mi director, hasta un día, no sé si llamarle funesto o feliz, en que un acontecimiento inesperado vino a dar una desconocida fuerza a mis facultades afectivas.

Según te decía yo antes, un viajero acertó a pasar por estos contornos y le ofrecí hospitalidad, así como me decías que te pasó en tu sueño, sólo que como lo que yo refiero es una realidad, te diré que el motivo de habérsela ofrecido fue porque llovía mucho.

—Por el mismo motivo me la ofrecieron a mí...

—Ya te he dicho que no interrumpas; si has de seguir cortando el hilo de mi historia me callo.

—Sigue, *Huitzitziqui*, sigue, que te escucha con toda el alma sintiendo solamente no ver el fuego de tus ojos que deben ser muy lindos.

—Algo te pareces al viajero de que hablo, en las lisonjas.

Mi maestro me explicaba en aquella tarde de la llegada del viajero el principio del mal y del bien, que me aseguraba están en continua guerra uno contra otro, todo con el fin de hacer beneficio el uno y perjuicio al otro a los humanos. Yo sostenía y sostengo todavía que el único principio que existe es el del bien, pues que lo que llamamos mal es la privación de lo que nos agrada.

—Me parece haberme puesto a favor de esta misma opinión en alguna otra vez.

—¡Chist!, dijo María, y cumpla usted su palabra de guardar silencio hasta el fin.

Alguna semejanza hay entre tu sueño y lo que me pasó en esa tarde, porque llevé al viajero, que de paso te indicaré me decía muy dulces palabras que nunca olvidaré, a un mirador...

—¿Tienes mirador en esta gruta?

—En esta gruta, no; pero cerca de una entrada que yo solamente conozco, sí; tengo un hermosísimo mirador delante del cual también se ponen, rara vez es verdad, sorprendentes arcoiris. Le hice después un precioso ramillete con las flores de mi jardín, dentro del cual paseamos juntos.

Fernando manifestó en este momento grande excitación.

—Temiendo que no me creyeses, dijo después María, porque acaso te figuras que mi verdadera historia es imitación de tu sueño, he ido a traer al comenzarla varios ramilletes que después he hecho con las mismas flores que le regalé entonces al viajero; de las cuales traigo en este momento algunas frescas, por si quisieses aspirar su aroma. Fernando las recibió de manos de María y dijo después de acercárselas al olfato con avidez:

—Esto es pasmoso; cuanto me sucede me hace dudar si estoy despierto o si todavía sueño.

María no hizo al parecer aprecio de estas frases y continuó diciéndole, dando a su voz una inflexión como de sentido histórico:

—Pues como te decía, llevé al viajero a que pasara por mi jardín, que le pareció delicioso, y acercándose la noche, fuimos a reunirnos con mi maestro, que estaba algo enfermo y que en aquel momento dormía.

Entramos a una piecесita, en que yo guardaba varios espíritus y remedios, cosa indispensable para una hada, y tomando un frasquito eché unas gotas de esencia muy exquisita y olorosa en la mascada del viajero... Lo mismo que en tu sueño; pero con una sustancial diferencia.

—¿Cuál?, preguntó Fernando, mostrando la mayor inquietud.

—La diferencia de que hablo consiste en que tu mascada no conservó por mucho tiempo aquel aroma, acaso porque según he leído, no sé en qué libro, las cosas se parecen a sus dueños, mientras que la esencia de mi frasquito siempre está pronta a exhalar su deliciosa fragancia.

María echó en aquel instante unas gotas del frasquito que había llevado a prevención en un pañuelo de batista, y al momento toda la pieza se impregnó de un aroma suavísimo.

—¡Sí!, exclamó Fernando, poniéndose súbitamente en pie luego que lo percibió, buscando con las manos a la joven y sin poder articular las palabras, porque se lo impedía el gozo: ¡Sí! tú eres Ma...

Una voz grave, sonora y reposada, se hizo oír en aquellos momentos, haciendo que Fernando se envolviese súbitamente con sus cobertores, y que la joven saliese a la puerta como para impedir que entrase el que hablaba, pues parecía dirigirse a donde ellos estaban.

—¡María, Mariquita!, repitió la voz como llamando, y luego continuó diciendo:

—Hace un buen rato que te busco por todo el jardín, ¿qué haces aquí?

—Tengo un enfermo, padre mío.

—¡Ah!, dijo el de la voz grave; ¿pero no sabías que había yo venido?

—No; como el pobrecito se halla muy delicado no me he despegado de su cabecera.

—¿Qué tiene?, dijo el que hablaba con María, manifestando que deseaba entrar, lo que ésta no pudo impedir, por cuya causa le temblaba la voz al hablar.

—Está cie... go; en este... momento du... erme.

—¿Y de qué le vino la ceguera a este hombre?, preguntó examinándole atentamente “El Otomí”, a quien habrán ya conocido nuestros lectores, al oír que María le llamaba padre.

—Primero tuvo sarampión, luego fiebre, y finalmente le vino la ceguera.

—¡Qué rareza!, dijo para sí “El Tigre” en ademán de reflexionar. ¡Yo creo que he visto a este hombre, pero no sé dónde! ¿Cuánto tiempo hace que ha venido aquí, María?

El paciente, que oía todo lo que “El Otomí” hablaba, se estremeció involuntariamente por la última pregunta, a lo que María contestó con cierta aparente tranquilidad, pues entonces ya había logrado dominar su temor, y estaba resuelta a defender a Fernando hasta con su vida.

—¡Oh! mucho tiempo: diez días tuvo sarampión, catorce la fiebre, y después es cuando ha cegado.

—Entonces tienes razón, contestó “El Otomí”, engañado con el tono seguro que tomó la joven; y como librándose de un gran peso, volvió a decir: tienes mucha razón, eso debe hacer mucho tiempo.

Variando luego de conversación y poniendo a su hija un rostro halagüeño:

—¡Qué aroma tan grato se percibe aquí! Será por estas flores... Me alegro mucho de verte más animada hija mía; hace algunos meses que parecía querías morirte. Luego que puedas dejar un ratito a tu enfermo concédele unos momentos a tu padre, porque tengo que salir pronto.

—Vamos luego, luego; contestó la joven, deseando alejar a su padre del lugar en que estaba Fernando.

En aquel día se había olvidado María de encender nuevas velas en el oratorio, y cuando su padre llegó, lo encontró oscuro, cosa que éste juzgaba como un mal presagio. Por tal motivo, luego que salieron de la pieza en que estaba el enfermo, y comenzaron a pasearse por el jardín, le dijo:

—María, tal vez considerarás infundados mis presentimientos; yo mismo no sabré decirte por qué les he dado siempre crédito; pero jamás me han engañado. Días hace que mi pensamiento me inquieta trayéndome frecuentemente a la consideración cuál será tu suerte cuando yo desaparezca de este mundo, que me tiene ya tan aburrido, y tal inquietud no me deja descansar ni de noche. ¿Lo creerás? En mis arriesgadas empresas tengo miedo, siempre que al ejecutarlas viene a mi memoria tu imagen. Bien sé que en la carrera de mi vida, sembrada de innumerables peligros, debe estar señalado su término, el hasta aquí. Pero he dado en sospechar que toco ya este último punto.

—¿Pero cuál es el motivo particular que te ha infundido hoy tan tétricas ideas?

—Iba a decírtelo: llegué hoy a mediodía, después de algunos días de ausencia, y he encontrado una cosa que sólo en otra vez ha acontecido: las velas del altar se habían extinguido, y te habías olvidado de poner otras nuevas.

María se asustó mucho por aquella omisión, temiendo que su padre la regañase.

—No te asustes por esto, María; cada cosa cumple su destino y, aunque quisieras, no habrías podido evitar lo que sucedió. Ya otra vez hemos hablado de estas cosas; yo pienso que sólo hay un destino y que éste es el mal, tú crees que es el bien; fray Gil creía que había los dos, el principio del bien y el del mal; pero esto nada importa por ahora. Recuerdo, sí, que otra vez en que se apagaron las velas sin encender otras inmediatamente recibí dos días después un par de balazos que me pusieron a la muerte.

—¡Oh padre mío! ¿Qué necesidad hay de que sigas una vida tan azarosa? ¿Por qué no la cambiamos? Y si el residir aquí te parece monótono, ¿por qué no nos vamos a otra parte; por ejemplo a esa Nueva Filadelfia de que hablan las cartas de ese viajero que estuvo aquí una noche en el mes de septiembre del año pasado?

—Me ha ocurrido hacerlo, y pensaba hablarte sobre ello; si te parece bien nos trasladaremos allí.

—Con mucho gusto, padre mío.

—Sí, lo haremos dentro de algunos días, porque ahora tengo negocios de importancia. Quería, sin embargo, decirte que en cualquier evento desgraciado “El Gachupín”, que sabe todos mis secretos, te comunicará uno que es de grande importancia para ti.

¡Adiós! hija mía, dentro de cuatro o cinco días nos veremos y arreglaremos lo necesario para trasladarnos al punto que más te convenga. Sólo te suplico que no vuelvas, como otras veces, a vivir afligida; quiero verte como ahora, alegre, de buen color; parece que te has convencido ya de que muchas cosas que nos parecen irremediables son muy fáciles de componer. Abrázame hija mía, no sé por qué he experimentado hoy más que otras veces la necesidad de despedirme de ti. Te encargo sólo que no dejes que se apaguen las velas; sea de esta preocupación lo que se quiera, así caminaré más tranquilo.

“El Otomí”, después de abrazar a su hija con mayor cariño que de costumbre, montó a caballo seguido de sus fieles compañeros, y María se fue inmediatamente a ver a Fernando.

Éste, por su parte, no creyéndose seguro en un lugar donde podría volver inmediatamente su enemigo, reunió todas sus fuerzas y saltó de la cama olvidando la fractura de su pierna; era tal la excelencia del remedio que le habían puesto en ella que no sintió dolor alguno. Pero sus ojos sin vista no pudieron indicarle por dónde estaba la salida, y sus tentativas por hallarla fueron por algún tiempo vanas; le parecía estar perdido en un inmenso espacio y aun dudó nuevamente si estaba, como ya había creído, en la casa de María, o en la terrible cueva. Inmóvil en medio de la pieza, no acertaba ni a volver a su cama debajo de la cual esperaba hallar alguna defensa; se puso en cuatro pies, y percibiendo entonces el ambiente fresco que penetraba por la puerta y le daba en la cara, le sirvió de indicio para hallarla. ¿Dónde iba el pobre ciego, sin guía, y sin el menor conocimiento local? Pensando en esto oyó un ligero ruido como de persona que se acercaba caminando por entre la yerba y pisando la hojarasca del suelo, creyendo que era

llegada su última hora, dijo para sí el infeliz: ¡ese feroz bandido viene a darme la muerte!

El instinto de la propia conservación lo impulsó para buscar algún refugio, y andando por el suelo en la postura que había tomado, se alejó un poco de la puerta. Por momentos esperaba el golpe fatal, cuando percibió cerca de sí el roce de unos vestidos de mujer, y en seguida una voz dulce muy conocida que gritaba:

—¡Fernando! ¡Fernando!

Era María que había llegado hasta el lecho del enfermo sin haberle encontrado. Éste contestó con el mayor gozo:

—¡María! ¡Mariquita!

—¿Qué es eso? ¿Por qué estás ahí?

—Tuve miedo.

—Vamos, dame la mano; yo bien me esperaba algo de esto, y he vuelto pronto para impedir que te desbarrancaras en esta horrorosa gruta.

—Llévame María a donde no me vuelva a encontrar tu padre, donde vea yo la luz; dime dónde estoy y cuál es la suerte que debo esperar.

—No temas ya, Fernando, mi padre no te hará mal; y en cuanto a suerte, yo bien quisiera mejorarla, mas por ahora no es posible; resígnate a que yo vea por ti.

—¡Ciego, Dios mío! ¡Ciego para siempre! ¿Por qué me has salvado si no he de volver a gozar de la luz del día?

—No llores, Fernando, y espera en el Todopoderoso que te vuelva la vista. Conozco que soy nada para poder compensar tamaña desgracia; pero si algo puede consolarte el tener a tu lado una hermana que tanto te servirá con la misma docilidad que un báculo, mientras la Divina Providencia te vuelve la luz, modera tu aflicción pensando que el Padre común que tenemos en el cielo prueba las almas en proporción de lo que valen a sus ojos; sígueme amando como a una tierna hermana, evoca todos tus poéticos recuerdos, y sírvete aun de tu falta de vista para no considerar mis defectos, y si esto es un ligero consuelo, piensa en que hay otros más desgraciados que no le tienen.

—¿Y tu padre?

—Mi padre no te tocará: ¿no recuerdas que te llevó a la cueva porque te negaste a vivir al lado de su hija? Ahora celebraría ver cumplidos sus votos, que no son sino los de mi felicidad, según me lo dice frecuentemente, y aun acaba de decírmelo ahora mismo; pero, en todo caso, vive seguro de que antes de tocarte un cabello, tendría que traspasar mi corazón.

—¡Oh, adorable mujer! yo no merezco ni el más pequeño de tus sacrificios.

—Pienso para quitarnos de toda zozobra decirle quién eres.

—No, María, porque me matará.

—Te he dicho ya que nada tienes que temer.

—¿Pero qué le dirás?

—Le referiré muy sencillamente tu historia, y abrazando después sus rodillas, le diré en medio de mis lágrimas: padre mío he encontrado a mi hermano cuya pérdida hacía mi desgracia. Dios me ha permitido volverle una vida que se le había quitado por mí, y solamente pido como el favor más singular que puedas concederme en nombre de mi virtuosa madre, que me permitas entregárselo a la mujer que mi hermano ama en su corazón, a la linda Rosita Dávila, que en estos momentos le llorará muerto. Yo sólo había pedido al cielo volver a verle una sola ocasión para morir dichosa; esta gracia me ha sido concedida con mayor largueza que nunca pude llegar a esperar porque he reanimado en mi querido hermano la última chispa de su vida, y al morir quedaré viviendo, aun cuando él no quiera, en su memoria.

—¡María! ¡María! eres lo más perfecto de la creación, a nadie quiero pertenecer más que a ti...

—No hagas promesas insensatas; acuérdate que eres hombre de honor, y que yo siento el orgullo de mi pureza. Si esa linda mujer a quien estimo como a mi hermana llega a tenerte en menos por el estado en que te encuentras entonces yo estaré cerca de ti para acompañarte en toda la vida.

—¡María! lloro en este momento de felicidad; dame tus manos para besarlas con respeto, porque siento hacia ti la veneración que infunden los santos; si quieres, te amaré como a una hermana, si lo deseas te idolatraré como esposa... Mi suerte en lo de adelante dependerá absolutamente de ti, y será lo que quieras, con tal que nunca te separes de mí, porque eres el único ser que puede hacerme la vida agradable. Sí, María, nos iremos a México; tengo aún lo suficiente para rodearte de toda especie de satisfacciones. Yo no veré la luz de nuestro hermoso sol, es verdad, pero la verás tú, y me transmitirás sus impresiones; oiremos juntos los gratos sonidos de los espléndidos conciertos que se darán para que goces; suntuosos carruajes te conducirán a los paseos, las joyas más valiosas... serán tu adorno, y eclipsarás a las más bellas mujeres con tus gracias; vivirás en palacios, en continuos placeres, y una palabra tuya valdrá más que la de un presidente, y que la de algunos

reyes... porque soy muy rico, y el dinero es el dios de la Tierra. ¿Qué dices, estarás contenta?

—A tu lado lo estaré siempre, y mucho más cuando compadecido Dios de tus sufrimientos por tu resignación, comience a darte, como lo espero y como le suplicaré incesantemente, poco a poco tu vista.

—¡Oh! cuánta felicidad me haces disfrutar anticipadamente, porque lo primero que voy a ver será tu hermosura; tu talle esbelto, el brillo de tus ojos, tan cándidos, tan amorosos, el color de tus labios; veremos después las plantas, admiraremos juntos los animales, porque quiero examinar entonces todas las cosas una a una; distinguiremos los colores, pues ya sabes que hay una inmensa distancia desde el rojo hasta el anaranjado, el amarillo, el verde, el azul, el purpurino y el violado; y después debes saber que todos estos colores principales y sus infinitos matices salen de la luz blanca, es decir, que es el color por excelencia...

—Mucho me agrada que estés tan instruido en la física, porque tengo una excelente obra que me trajo mi padre y que te leeré todas las tardes para que me la expliques; así, al envidiable título de hermano, reunirás el muy respetable de maestro.

—Con mucho gusto, María, y el primer tratado de que nos ocuparemos será la óptica; no tiene mucha dependencia con los demás, y aun cuando no sepas todas los preliminares necesarios, yo procuraré suplirlos.

—Estudiaremos por las tardes, y por las mañanas; apoyándote en mi brazo saldremos a hacer pequeños ejercicios por el jardín.

—Sí, muy bien pensado; y tú procurarás decirme con mucha minuciosidad de qué manera se coloran las copas de los árboles cuando reciben los primeros rayos del sol; y como supongo que has de venir a despertarme temprano para sorprender en las hojas las gotas de rocío, cuidarás de examinar y decirme de qué modo va dividiéndose la luz, al refrangirse al través de esos pequeñitos cristales, y verás qué multitud de matices son necesarios para pasar de un color principal a otro.

María ahogó un suspiro con el fin de que no lo percibiera Fernando, al notar la insistencia con que el pobre ciego hablaba de colores.

